

HENRI BERGSON

LUCRECIO

HENRI BERGSON

L U C R E C I O

VERSION
DE
EMILIO ORIBE 1893-

UNIVERSIDAD DE LOS ANGELES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Publicaciones

FERIA DEL LIBRO
PALACIO SALVO
MONTEVIDEO
1937

El "Lucrecio" de Bergson es de 1884, año en que salió "Le Rire" (*), y es cronológicamente la tercera obra que publicó el filósofo. Comprende un estudio crítico sobre la lengua, el texto original, la física, la poesía y la doctrina filosófica de Lucrecio. Bergson tenía entonces 25 años de edad, y emprendió esta obra con propósitos docentes (Colección Delagrave), destinándola sólo a los estudiantes, pero revelando al mismo tiempo la profundidad de sus estudios humanistas.

Falta el texto de versos latinos que Bergson selecciona de cada libro, y que anota minuciosamente, hasta llegar a constituir un conjunto riquísimo de informaciones de toda índole, que amplían considerablemente la obra.

(*) "La Risa": *¿De qué ríe uno? ¿Por qué ríe uno?* (Conferencia dada en Clermont-Ferrand; resumen publicado en "Le Monitor" de Pery de Dôme, 21 de febrero, 1884.)

P R O E M I O

De todos los autores que se explican en clases de retórica, Lucrecio, casi seguro, es aquel del cual es más difícil publicar trozos escogidos. ¿Se limitará uno a extraer del poema de "La Naturaleza", como se hace muchas veces, las descripciones de efecto? Se arriesga así ofrecer al alumno una idea singularmente falsa del autor traducido. ¿Se representará a Lucrecio como un poeta que ha descripto la vida de los primeros hombres, o las consecuencias del rayo, o la peste de Atenas, todo por el placer de describirlas? Al contrario: Lucrecio jamás ha descripto sino para probar; sus pinturas más impresionantes están únicamente destinadas a hacernos comprender o a hacernos aceptar algún gran principio filosófico. Si se las separa, viven menos; los versos de Lucrecio son hermosos todavía, seguramente, pero no tienen más esa fuerza oratoria que constituía su principal originalidad.

Es con el fin de dar a los alumnos una idea justa, si no completa, del genio de Lucrecio, que hemos creído deber relacionar cada uno de nuestros extractos con el conjunto del poema.

Nos hemos atenido a citar sólo las páginas puramente literarias, pero ensayamos, por medio de sumarios colocados al principio de cada libro, por comentarios situados encima de cada trozo y por el título mismo que les damos, hacer comprender al lector la intención filosófica del poeta y lo que ha querido probar.

Nuestras explicaciones no presentan nada que no pueda ser comprendido fácilmente por un alumno de retórica. Nos hemos abstenido además de criticar las ideas emitidas por Lucrecio, salvo en el caso de error material; no hay sistema filosófico que no se refute fácilmente. Lo esencial es comprenderlo bien.

En la primera parte de nuestra introducción, que comprende un estudio sobre la poesía, la filosofía y la física de Lucrecio, tratamos de poner en claro la originalidad de las ideas del poeta, demasiado confundidas con frecuencia con aquellas de Epicuro y Demócrito. En la segunda parte nos hemos esforzado, haciendo la historia del texto de Lucrecio, en enseñar a los alumnos la gran influencia ejercida por este poeta en la literatura clásica. La lengua de Lucrecio está muchas veces llena de impedimentos; ofrecemos algunas iluminaciones sobre las principales dificultades.

Para establecer el texto, continuamente hemos confrontado a Munro con Lachmann y Bernays. Dos o tres veces nos permitimos volver a la lectura de los manuscritos, un poco sacrificada por los editores (*). Hemos conservado la or-

(*) Citemos algunos ejemplos. Libro III, verso 14, los manuscritos proporcionan:

Nam simul ac ratio tua cœpit vociferari
Naturam rerum, divina mente coortam.

(Apenas tu doctrina comienza su voz potente a proclamar ese sistema de la Naturaleza, salido de tu genio, cuando al mismo tiempo, se disipan los terrores del espíritu...) (*Ernout.*)

Los editores cambian invariablemente "coortam" por "coorta". No parecen haber notado que "Naturam Rerum" no es otra cosa más que el título de la obra de Epicuro imitado por Lucrecio. "Coortam" se explica naturalmente así y nosotros mantenemos la lección de los manuscritos. — Algo más adelante, los manuscritos traen (verso 22):

...semperque innubilis æter
integit, et large diffuso lumine ridet...

(...pero un éter siempre sin nubes las cubre con su bóveda y les vierte con anchos oleajes su riente luz...) (*Versión Ernout.*)

Los editores escriben, desde Lachmann, "ridet". Pensamos que "ridet" conviene por lo menos tan bien al sentido.

Libro I, verso 189, los manuscritos proporcionan:

Omnia quando

tografía de las ediciones documentadas, cuando nos ha parecido que no debía obstaculizar demasiado a los alumnos.

¿Será preciso agregar que hemos consultado la mayor parte de los trabajos publicados sobre Lucrecio, desde principios del siglo, en Alemania, Inglaterra y Francia? Se apercibirá, recorriendo las notas, que hemos puesto

Paulatim crescunt, ut par est, semine certo,

Crescentesque genus servant.

(...de todo eso es manifiesto que nada se produce, desde que todo crece poco a poco, como es natural, por elementos determinados, y que cada ser guarda, creciendo, sus caracteres específicos, etc., etc.)

La lección "crescentesque" es seguramente ininteligible; pero, ¿no es separarse mucho de los manuscritos escribir con Lachmann "crescere resque"? Proponemos "crescentisque".

Libro II, verso 1169; creemos que debemos abstenernos de cambiar "nomen" por "momen" y "caelum" por "celum".

Libro II, verso 1034, los manuscritos dan:

Omnia que nunc si primum mortalibus essent

Ex improviso si sint subjecta repente...

(Si todos esos objetos, hoy por primera vez aparecen a los ojos mortales: si, bruscamente, de improviso, ellos surgiesen a sus miradas, ¿qué podría citarse de más maravilloso que ese conjunto?, etc.) (Traducción Ernout.)

En vez de "si sint" Munro propone ingeniosamente "si nunc". Pero nosotros creemos que uno se separaría menos del manuscrito, leyendo "si essent".

Libro III, verso 83, se lee en los manuscritos:

Obliti fontem curarum hunc esse timorem

Hunc vexare pudorem, hunc vincula amicitiae

Rumpere, et in summa pietatem evertere suadet.

Lachmann reemplaza "suadet" por "fraude", Bernays por "clade"; pero, aun corregida así, la frase no ofrece gran sentido. Nos parece que "suadet" está en el movimiento del trozo, y que "timor" debe ser el sujeto. En consecuencia, escribimos:

Obliti fontem curarum hunc esse timorem

Hic vexare pudorem, hic vincula amicitiae

Rumpere, et in summa pietatem evertere suadet.

Son las palabras *hunc timorem* del verso precedente las que han originado *hunc pudorem*.

(Generalmente el temor mismo de la muerte penetra a los humanos de tal odio por la vida y la visión de la luz, que ellos se dan muerte voluntariamente en el exceso de su angustia, olvidando que la fuente de sus penas es ese temor, que es él quien persigue la virtud, rompe los vínculos de la amistad, y que, en una palabra, destruye toda piedad por medio de sus consejos...) (Traducción de Ernout.)

extensamente a contribución el comentario de Munro (*), admirable trabajo, hecho para acobardar a los futuros editores de Lucrecio. Hemos recurrido, para el libro quinto, a las notas de Mr. Benoist (*); hemos tomado más de una aproximación de Wakefield (*).

Tenemos la osadía de esperar que los alumnos hallarán placer en la lectura de Lucrecio facilitada de ese modo, y que les nacerá el deseo de conocer totalmente el poema, y no solamente los trozos extractados.

(*) Tercera edición, Cambridge, 1873.

(*) Comentario sobre Lucrecio (Libro V), París, 1872.

(*) Nos hemos servido más de una vez de la traducción de Crouslé (Charpentier, 1881).

LA POESIA DE LUCRECIO

La vida de Lucrecio (T. Lucretius Carus) sólo nos es conocida a través de un pasaje muy discutido de San Jerónimo. El poeta nació probablemente en Italia (*) hacia los años 99 ó 98 antes de Cristo; perteneció quizás a una familia de la clase de los caballeros. Según San Jerónimo, un filtro (*) que se le hizo beber lo volvió loco; compuso su poema en seis libros, "De Rerum Natura", en los intervalos de sus accesos de furor, y se suicidó en el año 55. Esta sombría historia tiene toda la apariencia de una novela. En los tiempos antiguos la imaginación popular se complacía en hacer caer el castigo así sobre el ateo, desde esta vida, por parte de los dioses que él había encolerizado. Es más probable que Lucrecio haya vivido como filósofo, ignorado del mundo, poniendo en práctica la máxima de

(*) Esto parece desprenderse del verso 831 del libro I:

"nec nostra dicere lingua"

y el 260 del libro III:

"patrii sermonis egestas"

a) Párrafo que corresponde a la cita del libro I, verso 831: "... tal es el nombre que le dan los griegos, y la indigencia del vocabulario no le proporciona equivalente en nuestra lengua materna".

b) Párrafo que corresponde a la cita del libro III, verso 260: "yo me veo detenido por la pobreza de nuestra lengua". (*Versiones de Ernout.*)

(*) FILTRO. Bebida que se ha fingido podría conciliar el amor de alguna persona. (*Rodríguez Navas.*)

su maestro Epicuro: "*Ocultu tu vida*". De acuerdo con otro precepto de Epicuro, parece que debió tener amistades. Es a una de ellas, Memmio (*), a quien dedica su poema.

Sobre el carácter del poeta, su persona y su modo de vivir, los escritores antiguos no nos dicen nada. Lo imitan y lo copian, como veremos, pero no hablan de él. Debe creerse que después de la caída de la República, cuando la política de los emperadores puso de nuevo de moda al paganismo, Lucrecio, adversario de la religión, se transformó en un amigo peligroso, con el cual no era prudente entretenerse mucho. Contentémonos, pues, con conocer al poeta por su obra: ella parece lo bastante sincera como para que se la pueda interrogar con toda seguridad.

Lo que impresiona más en la obra de Lucrecio, es una melancolía profunda. El "Poema de la Naturaleza" es triste y desalentador. ¿Para qué vivir? La vida es monótona; es un movimiento sobre el mismo sitio, un deseo siempre *insatisfecho*. Los placeres son engañosos, ninguna alegría es pura, y de la fuente misma de las voluptuosidades se levanta una especie de amargura, que nos aprisiona de la garganta en medio de los perfumes y de las flores. Así, notad cómo el niño llora cuando nace; llena el aire con sus vagidos lúgubres, y eso es justo: le quedan tantos males por atravesar en la vida... Más tarde, hombre hecho, trabajará, se agitará, se elevará por esfuerzos sobrehumanos

(*) C. Memmius (Gemellus?), hijo de L. Memmius, parece que fué muy otra cosa que un filósofo. Sus costumbres pasaban por malas. En su vida política hizo alarde de una rara inconstancia. Después de haber sido tribuno en 66 antes de Cristo, y pretor en el año 58, hizo una violenta oposición a César, reconciliándose después con él, para volver a romper una vez más. Murió en Grecia, donde estaba exilado. Cicerón (Brutus, 70, 247) nos hace saber que Memmius era elocuente y tenía buen conocimiento de las letras griegas, pero que manifestaba públicamente un gran desprecio por la literatura de su país. Habiendo sido propietario, en Grecia, del terreno en el que se veían aún las ruinas de la casa de Epicuro, no vaciló en hacerlas desaparecer, de donde puede deducirse que era mediocre su respeto por Epicuro y su doctrina. Que tal sea el Memmius, por otra parte, al que Lucrecio dedica su poema, es lo que parecen indicar los versos 26 y 27 del libro I, donde Lucrecio hace de Venus la divinidad protectora de su amigo. La imagen de Venus figura sobre las medallas de C. Memmius.

hasta la fortuna y los honores: ¡dolor perdido!; viviría más feliz y más tranquilo en los campos, su alma estaría menos inquieta, él estaría más cerca de la Naturaleza. ¿Por qué la felicidad se ha refugiado en la campiña? ¿Allí, por lo menos, es feliz quien sin temor y sin cuidados, cultiva tranquilamente su tierra? El poeta, después de haberlo hecho esperar un instante, nos suprime esta última ilusión. ¡Ah!, si la fortuna es péfida, la tierra también es avara. El labrador usa el hierro, consume sus fuerzas, y la gleba no le rinde lo necesario. El viñador ha plantado su viña, pero el Sol se la seca. Ambos suspiran e inclinan la cabeza, tristemente. No ven que la tierra está cansada de producir, que toda cosa aquí abajo envejece, se fatiga, se descompondrá en un día. Es así que nosotros pasamos la mayor parte de nuestra vida persiguiendo vanos honores, o cultivando una tierra que se resiste a nuestro trabajo y se disgusta de crear. Después llega la vejez, y con ella el temor pueril de la muerte. El anciano se la representa y se aflige. ¡No más esperanza ni alegría! Su familia no acudirá más a su encuentro, su mujer y sus hijos no vendrán más a disputarse sus besos! Y no percibe que la muerte es el término de todo, y que si nos priva de las dulzuras de la vida, nos liberta al mismo tiempo de la necesidad que podemos tener, y de las penas que siempre las acompañan. Así todo es miseria aquí abajo, y nuestro mayor consuelo es pensar que todo acabará para nosotros con la vida. Es la convicción del sabio, es la conclusión de toda filosofía. La misión de la ciencia es enseñarnos, en efecto, que nosotros no significamos nada en el universo, donde los dioses no se ocupan de nosotros, donde somos aquello que una combinación fortuita de elementos ha querido que seamos, donde nos descompondremos como se descomponen los otros cuerpos. Y el sabio, que conoce esta gran verdad y que penetra en ella, tranquilamente espera una muerte en la cual sabe bien que se ha de extinguir totalmente; posee así la ciencia suprema, al mismo tiempo que gusta las más dulces alegrías que sea dado al hombre alcanzar.

¿De dónde esa melancolía? Tratemos de captar la causa; será preciso penetrar muy adentro en el alma del poeta.

Seguramente, el espectáculo de las discordias civiles ha contribuido en algo. Lucrecio ha asistido, muy joven todavía, a las sangrientas luchas que engendró la rivalidad de Mario y Sylla. Eso no era más que un preludio a las agitaciones violentas que debían ensombrecer a la república romana. El poeta debió preverlas y sufrirlas cruelmente.

Sus primeros versos constituyen una oración a Venus; le implora para que ella obtenga de Marte el apaciguamiento, la concordia:

*Suaves ex ore loquellas
funde, petens placidam Romanis, incluta, pacem.*

(Libro I, verso 40.)

(... extiende con tu boca dulces palabras, y pide, ¡oh gloriosa!, para los Romanos, la calma de la paz.)

Además, enseñará la vanidad de la gloria y de los honores. ¿Qué es el poder, qué es la riqueza, comparados con la Filosofía y el reposo que proporciona? — Más adelante tomará por separado al ambicioso, al intrigante: “Déjalos sudar, sangrar, en el estrecho camino donde lucha su ambición; la envidia, como el rayo, castiga de preferencia a las alturas.” — Y, uniendo el ejemplo al precepto, Lucrecio se coloca aparte de los asuntos públicos, hacia donde era llamado, puede ser, desde su nacimiento, porque si nada prueba que el poeta haya pertenecido a la *gens Lucretia*, la familiaridad con que trata a Memmi parece indicar que la fortuna no había colocado una gran distancia entre los dos amigos.

Así, el espectáculo de las guerras civiles ha podido dejar sombrías imágenes en el alma de Lucrecio. Pero, apresurémonos a decirlo, no es ahí donde es necesario buscar la causa de la primera melancolía de Lucrecio, ni la idea directriz del poema.

En primer término, si Lucrecio había sido llevado a pensar y escribir por ese desfallecimiento que deja en el alma del hombre honesto el espectáculo de los desastres públicos, hubiese considerado a la Ciencia como algo peor, a la Filosofía como un simple medio de consolación.

Es en ese espíritu que Cicerón, por ejemplo, ha emprendido la mayor parte de sus tratados filosóficos, y el lector no se equivoca de ello. Nada parecido en Lucrecio. No es el malestar de la intriga, de la ambición, que ha hecho de él un filósofo; al contrario, no cae en la ambición ni en la intriga, porque ambas alejan a las almas de la verdadera Filosofía. La Ciencia no es un simple refugio, un consuelo en los tiempos de miseria: es el objeto mismo de la vida humana; y las discordias, las guerras, los desastres públicos no son males sino porque alejan a la inteligencia de esas nobles preocupaciones, únicas dignas de ella.

Volvamos a tomar uno a uno los pasajes citados; veremos que es esa, claramente, la idea directriz de Lucrecio. Al principio del primer libro, pide el poeta a Venus la paz y la concordia, pero termina su invocación indicando el motivo de su oración: "En medio de los males de la patria, el poeta no sabría proseguir tranquilamente su trabajo, ni Memmio entregarse libremente a la Filosofía.

*Nam neque nos agere hoc patriai tempore iniquo
possumus aequo animo, nec Memmi clara propago
talibus in rebus communi deesse saluti.*

(Versos 43 y 45.)

Al principio del segundo libro, tomará en conmiseración al ambicioso, ávido de honores y riquezas; pero será para mejor hacer resaltar la felicidad del sabio, al que la filosofía ha colocado por encima de las contiendas humanas. En fin, y este es un detalle a señalarse, si vuelve, en el libro quinto, sobre esa pintura del ambicioso, no es para fustigar el mal que hace, sino para compadecerlo de los males que se acarrea. Y agrega: "Eso que digo, se aplica tanto al presente o al porvenir, como al pasado."

Nec magis id nunc est, neque erit mox, quam fuit ante.

Y lo que es hoy, lo que será mañana y fué lo mismo antes...

(Ernout.)

Nada de indignación, ninguna huella de cólera, sino una

piedad sincera por esos hombres que no ven dónde está la felicidad y que se hacen tanto mal a ellos mismos sin saberlo. ¿Es ese el lenguaje del hombre que sufre profundamente los males de la patria y que llora sobre la ruina pública? No es, pues, en la historia de los acontecimientos a que asistió, sino en la obra misma del poeta donde hay que buscar la explicación de lo que piensa y siente.

Lucrecio ama apasionadamente la naturaleza. Se encuentran en su poema las huellas de una observación paciente, minuciosa, en el campo, en la orilla del mar, sobre las altas montañas. Pero, entretanto, mientras observaba así las cosas en lo que ellas tienen de poético y de amable, una gran verdad ha venido a golpear su espíritu y a iluminarlo bruscamente: es que, bajo esa naturaleza pintoresca y riente, detrás de esos fenómenos infinitamente diversos y siempre cambiantes, leyes fijas e inmutables trabajan con uniformidad, invariablemente, y producen, cada una por su lado, efectos determinados. Nada de azar, ningún lugar para el capricho; en todo fuerzas que se agregan o se compensan, causas y efectos que se encadenan mecánicamente. Un número indefinido de elementos, siempre los mismos, existe desde toda eternidad; las leyes de la naturaleza, leyes fatales, hacen que esos elementos se combinen y se separen; y esas combinaciones y separaciones están rigurosamente determinadas de una vez para siempre.

Apercibimos los fenómenos externos, en lo que ellos tienen de pintoresco; creemos que se suceden y se reemplazan en la medida de su fantasía; pero la reflexión y la ciencia nos enseñan que cada uno de ellos podría ser matemáticamente previsto, porque es la consecuencia fatal de aquel que estaba antes que él. He ahí la idea directriz del poema de Lucrecio. En ninguna parte se halla explícitamente formulada, pero el poema entero no es sino su desarrollo. La naturaleza está obligada, una vez por todas, a aplicar invariablemente las mismas leyes; está obligada por una especie de contrato, "fœdus", y ese contrato es eterno.

*Doceo dictis quo quoque creata
foedere sint, in eo quam sit durare necessum.*

(Libro V, verso 56.)

Yo enseño, después de él, en mis lecciones las leyes que presiden la creación de cada objeto, y la necesidad de cada uno de estar sometido: leyes potentes del tiempo que nada podría desgarrar.

Resulta de eso que cada causa no produce sino un efecto determinado;

Quid quaeque queant per foedera naturai, quid porro nequeant sancitum quandoquidem exstat.

(Libro I, verso 586.)

... puesto que lo que ellos pueden o no pueden, queda inviolablemente fijado por las leyes de la naturaleza, que nada se modifica... etc.

que los mismos seres nacen y se desarrollan siempre en las mismas condiciones;

Et quae consuerint gigni gignentur eadem conditione, et erunt, et crescent...

(Libro II, verso 390.)

... y lo que tiene la costumbre de nacer, nacerá en las mismas condiciones, vivirá, crecerá, y valdrá por su fuerza.

y que las mismas razas, las mismas especies se conservan.

Sed res quaeque suo ritu procedit, et omnes foedere naturae certo discrimina servant.

(Libro V, verso 920.)

... pero cada cosa sigue su propia marcha; y todas, conforme a las leyes fijadas por la naturaleza, conservan los caracteres que las diferencian...

Debido a que la Naturaleza ha contraído compromisos. es que cada uno de los fenómenos puede ser previsto matemáticamente, que cada uno de ellos está *determinado*. De ahí el uso frecuente de la palabra *certus* al término de un desarrollo. El objeto de Lucrecio no ha sido tanto explicar de qué modo obra la Naturaleza, como enseñar hasta qué grado cada uno de sus actos era determinado y fatal:

Certum ac dispositumst ubi quicquid crescat et insit.

(Libro III, verso 785.)

Un orden fijo asigna a cada objeto el sitio donde debe crecer y habitar.

Y algo más lejos:

...*Certum*

Dispositumque videtur ubi esse et crescere possit.

(Libro III, verso 792.)

... Además, en nuestro cuerpo mismo su lugar parece fijado; que se encuentra allí reservado un sitio especial donde el alma y el espíritu pueden habitar y crecer...

Existen versos que vuelven varias veces en el transcurso del poema, a la manera de un refrán. Son aquellos precisamente donde Lucrecio expresa esta convicción:

*Quid possit oriri,
quid nequeat; finita potestas denique cuique
quanam sit ratione atque alte terminus hoerens.*

(Libro I, verso 75; libro VI, verso 66.)

... del espíritu y del pensamiento ha recorrido el todo inmenso, para al fin volver victorioso a enseñarnos lo que puede nacer, lo que no lo puede; en fin, las leyes que delimitan el poder de cada cosa según límites inmóviles.

Podrían multiplicarse los ejemplos.

(Ver, en particular: libros II, verso 1040; I, v. 880; V, v. 55.)

De ese modo, en cada página del poema, y bajo mil aspectos diversos, encontramos la misma idea: aquella de la fijeza de las leyes de la Naturaleza. Esta idea, que obsesiona al poeta, lo entristece; explica su melancolía, melancolía de una calidad nueva, y que encuentra en sí misma, por decirlo así, elementos para consolarse. Incapaz de ver en el universo otras cosas que fuerzas que se agregan o se compensan, persuadido de que todo lo que es resulta fatalmente, naturalmente, de lo que ha sido, Lucrecio se apiada de la especie humana. ¿Qué puede ella, en medio

de esas fuerzas ciegas que trabajan y trabajarán en su torno, a despecho de ella, siempre las mismas, durante la eternidad de los tiempos? ¿Significa algo para alguna cosa en este universo sin límites, donde ha nacido por accidente, pobre combinación de átomos que la fatalidad de las leyes naturales ha reunido por un tiempo y que las mismas fuerzas dispersarán algún día?

Creemos que la materia ha sido hecha para nosotros, como si no estuviéramos sometidos a las mismas leyes que ella. Creemos que dioses amigos o celosos nos protegen o nos persiguen, como si fuerzas extranjeras, caprichosas, pudiesen intervenir en la naturaleza, como si las leyes implacables de la materia no nos arrastrasen en el mismo torrente que arrastra a todas las cosas!

He ahí la fuente de la melancolía de Lucrecio y la inmensa lástima con que envuelve al género humano.

*
**

Pero es de esta misma fuente de donde la humanidad debe sacar, según él, las más dulces consolaciones. Aquel que gime sobre su suerte no conoce jamás la verdadera naturaleza de las cosas; se imagina que ha luchado y llora, como un vencido, sobre su derrota. Si reflexionase, si supiese, si se elevase hacia las "*regiones serenas*" de la Filosofía, comprendería que toda lamentación es inútil y mismo fuera de lugar, porque la Naturaleza sigue invariablemente su curso sin cuidarse de nosotros. Así se explican las extrañas consolaciones que Lucrecio dirige al labrador, por ejemplo, y que deberían, parecería al principio, ahondar la pena del pobre hombre: "El labrador suspira y balancea la cabeza, y no percibe que el universo también marcha poco a poco hacia su ruina!" Es que, en la idea de Lucrecio, solamente se queja aquel que ha podido creer, por un instante, posible la resistencia. Fuera de esto, se conformará, del mismo modo que el anciano que va a morir: "La vejez, por una ley eterna, debe ceder su sitio a la edad joven; los seres se reproducen necesariamente a expensas de los otros seres." Es que, si el anciano se diera cuenta bien de esta ley invariable y universal, se resignaría naturalmente. Cuando la cantidad de materia que se eli-

mina no es igual a aquella que aportan los alimentos, es necesario que el cuerpo se debilite; es justicia: *jure igitur pereunt...* (Libro II, verso 1142.) He ahí seguramente una concepción original de la naturaleza humana; basta conocer plenamente su impotencia para conformarse. También Lucrecio cree rendir servicio a la humanidad prosiguiendo valientemente la tarea emprendida. A eso consagra sus noches:

*Sed tua me virtus tamen et sperata voluptas
suavis amicitiae quemvis sufferre laborem
suadet, et inducit noctes vigilare serenas.*

(Libro I, versos 140-7.)

... Pero, sin embargo tu mérito, y el placer que espero de tu dulce amistad, me animan a sostener todas las tareas, y me invitan a velar en las noches serenas, buscando palabras...

Poco le importan la dificultad del asunto y la debilidad de la lengua latina:

*Nec me animi fallit Graiorum obscura reperta
difficile inlustrare Latinis versibus esse.*

(Libro I, verso 136.)

Y mi espíritu no se equivoca; esos oscuros descubrimientos de los griegos, son difíciles de poner al descubierto en versos latinos.

Será recompensado en sus esfuerzos por la gloria:

*...Sed acri
percussit thyrsos laudis spes magna meum cor.*

(Libro I, verso 922.)

... pero, con su tirso agudo, una gran esperanza de gloria ha atravesado mi corazón.

(Traducción de Ernout.)

Es que la tentativa es muy novedosa; es que va a hacer conocer a los romanos verdades hasta entonces ignoradas o incomprendidas:

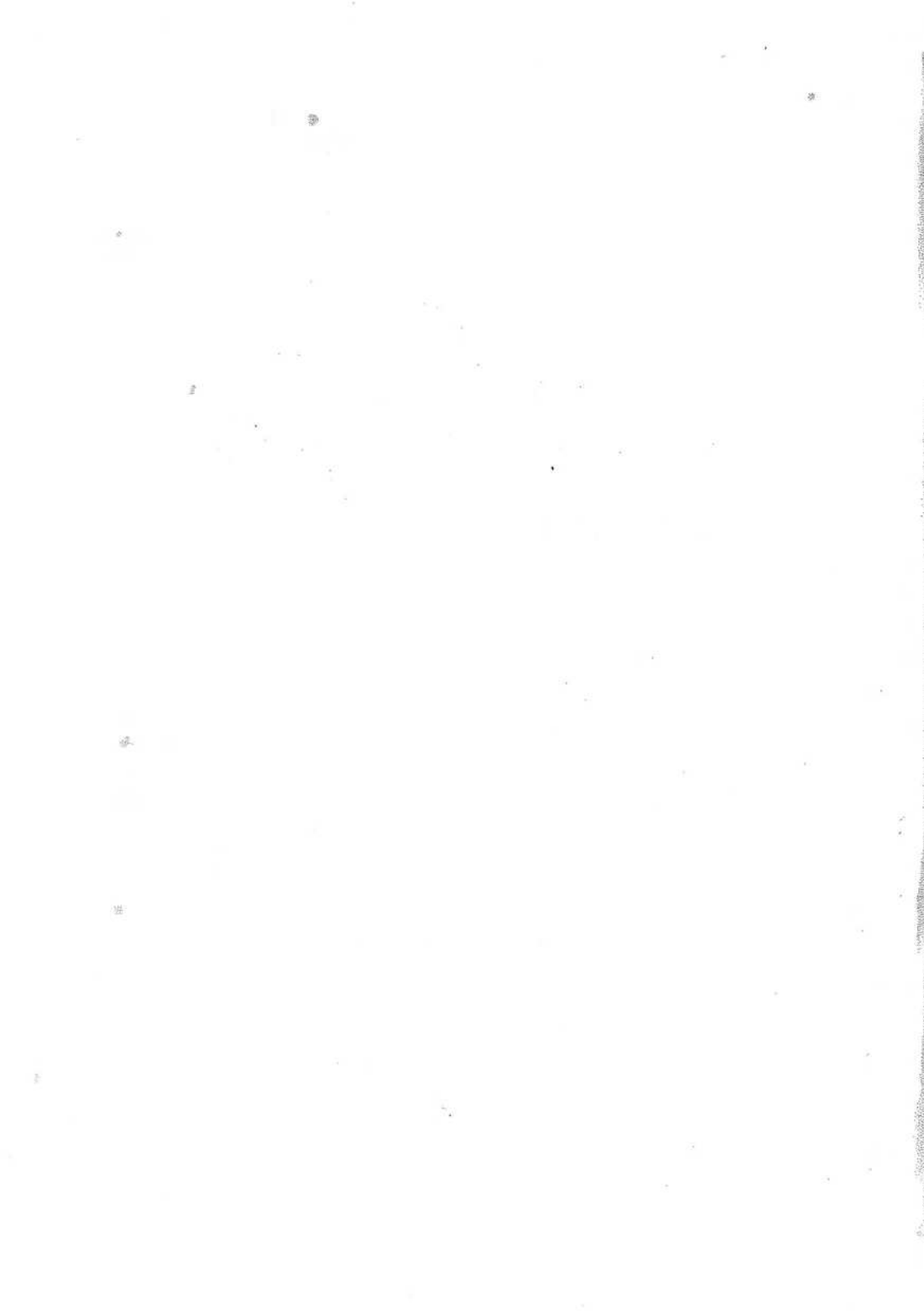
*Juvat integros accedere fontes
atque haurire; juvatque novos decerpere flores,
insignemque meo capiti petere inde coronam
unde prius nulli velarint tempora Musae.*

(Libro I, versos 927 y siguientes.)

(Ver también libros IV, 966; I, 832; III, 261; etc.)

*Yo amo ir a beber a las fuentes puras, amo recoger las flores desconocidas,
a fin de tejer para mi cabeza una corona maravillosa, con la que jamás las
musas hayan sombreado la frente de un mortal.*

Creemos haber puesto a luz la idea esencial del poema de "La Naturaleza". Pero a esta idea, Lucrecio no le hubiera dado jamás una forma precisa, no la hubiera desarrollado ciertamente con tanta amplitud, si no hubiera conocido la filosofía griega y, sobre todo, a Epicuro. Es esta influencia de la literatura griega y del epicureísmo sobre Lucrecio lo que vamos a ensayar determinar; enseñaremos, de ese modo, dónde está la originalidad del poeta.



II. — ORIGINALIDAD DE LUCRECIO COMO FILOSOFO Y POETA. — DEMOCRITO Y EPICURO.

A los atomistas, por una parte, y a la escuela cirenaica, por otra, Epicuro ha tomado la mayor parte de su doctrina.

El atomismo, uno de los más profundos sistemas de Filosofía que haya producido la antigüedad, ha tenido por fundadores a Leucipo y Demócrito. (*)

Según estos filósofos, la mejor explicación del universo tendrá que ser la más simple. ¿No vemos que con las letras del alfabeto, siendo siempre las mismas, se producen, hasta el infinito, tragedias y comedias? (*)

Así los fenómenos del universo, tan numerosos y variados, los objetos con mil formas y millares de colores, tan

(*) Demócrito nació en Abdera hacia el 460 antes de J. C., murió por el 370. Viajó por Egipto y Asia, después regresó a establecerse en su patria, donde sus conciudadanos lo llamaron *Sophia*. — Había escrito sobre todos los temas: Matemáticas, Física, Etica, Gramática, Agricultura, etc. — Sólo nos quedan de él fragmentos sin importancia.

(*) Es curioso que ni Lucrecio ni Bergson hayan aprovechado el instante para hacer notar, en esta comparación de las combinaciones de las letras del alfabeto con las combinaciones de los átomos, que si es cierto que con las primeras se pueden formar tragedias y comedias, eso ocurre cuando interviene una *causa inteligente*, un artista de genio que combina los elementos. El azar, infinitamente dedicado a combinar letras y palabras, no daría nada de Esquilo ni de Shakespeare. Con las combinaciones de los átomos tendrá que ocurrir igual: sin la intervención de una *causa inteligente*, no podrían crearse mundos, ni seres, ni instintos perfectos, etc. Se piensa, en seguida, en las causas transcendentales. — (Nota del traductor.)

profundamente diferentes, al parecer, unos de otros, ¿no podrían ser reducidos, en último análisis, a elementos mucho más simples, casi idénticos, y que producirían la inmensa variedad de las cosas por la infinita multiplicidad de sus combinaciones?

Estos elementos simples que, uniéndose, forman objetos materiales, cuerpos; que, cambiando de lugar, determinan las transformaciones de la materia, son los átomos.

Los átomos son cuerpos excesivamente tenues; tan sutiles, que no pueden ser percibidos; tan pequeños, que no se les puede dividir. Reunidos en número suficiente, forman un cuerpo que se ve y se palpa. Si pudierais, con instrumentos perfeccionados, llevar la división de un cuerpo bastante lejos; si, después de haberlo descompuesto en partes, descomponéis esas partes a su vez, y así en adelante, llegaréis, después de cierto número de operaciones de ese género, a elementos indivisibles y mismo invisibles, que son los átomos. Esos átomos están en número infinito, porque hay una infinidad de cuerpos. Han existido en todo tiempo y no pueden extinguirse; son eternos. No les atribuyáis ni color, ni sabor, ni olor, ni pesantez, ni resistencia; no tienen otra cualidad que la forma; es por eso que difieren unos de otros. Si, en efecto, pudiésemos llegar a percibir los átomos, notaríamos que no tienen la misma figura. El número de las figuras posibles es limitado, pero infinito el número de átomos que repite cada una de ellas. En fin, los átomos son inmutables. Cada uno de ellos ha sido, permanece y permanecerá siempre el mismo, durante la eternidad de los tiempos. ¿Cómo podrían cambiar? Sus partes no pueden desplazarse, porque el átomo es indivisible; no podrían cambiar tampoco de cualidad no teniendo ninguna. Los cuerpos que tenemos bajos los ojos están compuestos por átomos. Si esos cuerpos parecen diferenciarse singularmente unos de otros, es porque, en efecto, los átomos que los componen no tienen siempre la misma forma. Dos palabras de la lengua griega, pronunciadas al azar, dan sonidos distintos; es que las letras de estas dos palabras no son las mismas. Más aún: aunque los átomos que componen dos cuerpos fuesen respectivamente idénticos y en

igual número. los cuerpos podrían diferir de aspecto si sus átomos estuviesen diversamente dispuestos. ¿Las sílabas AN y NA producen en el oído la misma sonoridad? Sin embargo, están hechas de los mismos elementos; pero el orden de esos elementos difiere. En fin, aun cuando átomos idénticos están aparentemente colocados los unos con relación a los otros, los dos cuerpos pueden aparecérsenos como diferentes si la dirección, la *orientación* de los átomos no es la misma. ¿Se pronuncian de la misma manera las letras griegas N y Z? Y, sin embargo, basta con poner horizontalmente la una para obtener la otra.

De suerte que los diversos cuerpos que impresionan nuestros sentidos aparecen, sin duda, como coloreados, resistentes, sonoros, etc., pero esas cualidades —color y sonido, resistencia y calor— no son sino apariencias, impresiones hechas sobre nuestros órganos. Disipad esas ilusiones; considerad a los cuerpos, no como parecen, sino como son, y encontraréis que se componen de átomos, y que los átomos no poseen ninguna de esas bellas cualidades. Pero, como los átomos revisten formas diversas, como pueden orientarse y coordinarse diversamente, es natural que los cuerpos produzcan sobre nuestros sentidos impresiones diversas, según la forma, la disposición y la orientación de los átomos que los componen.

Y si un mismo cuerpo, en momentos diferentes, parece cambiar de aspecto, eso ocurre porque sus átomos han cambiado de sitio, o los ha perdido, o los ha ganado para sí. Basta con añadir una letra a las letras de una palabra, o suprimir una, o trastornar el orden de las mismas, para que dicha palabra haya cambiado del todo en cuanto a la sonoridad y al sentido.

¿Cómo los átomos han formado el mundo en que vivimos? Es preciso saber que esos átomos están dotados de un movimiento natural que los lleva a través del vacío infinito. De ahí proviene que ellos se rozan, se entrechocan, se aglomeran. Nuestro mundo es una de esas aglomeraciones, uno de esos conjuntos de átomos. Así se han formado sucesivamente la Tierra, cilindro llano y hueco que flota en el aire; la Luna, cuerpo análogo a la Tierra; el Sol, los

astros, en fin, los seres vivos. El alma, en efecto, que parece animar los cuerpos organizados, es también un compuesto de átomos, pero de átomos muy movibles, redondos y lisos. Los pensamientos que se suceden en nuestra alma no son sino los movimientos de los átomos que la componen. Si ella percibe los objetos materiales, los compuestos de átomos que la rodean, es porque esos cuerpos emiten en todo momento y de todos lados imágenes extremadamente pequeñas, que vienen a herir los órganos de los sentidos. Así los cuerpos y las almas, los objetos y los mundos, son compuestos de átomos; los fenómenos de la naturaleza y los actos del pensamiento son movimientos de átomos, y no ha habido jamás, ni habrá jamás, sino átomos, vacío y movimiento.

Tal es el sistema de Demócrito, la expresión más perfecta, quizá, del materialismo.

Veamos lo que Epicuro ha hecho.

Epicuro (*) no es un sabio. Desprecia las ciencias en general, tiene a las matemáticas por falsas, desdeña la retórica y las letras. Es que lo esencial para él está en vivir feliz; en eso consiste el privilegio del sabio, y la Filosofía no tiene otro objeto que conducirnos a la felicidad por el camino más corto. Por otra parte, por poco que se reflexione en eso, se verá que la felicidad consiste en la paz interior, en una inalterable serenidad de espíritu. Saber gozar del presente, colocarse al abrigo de la inquietud y del temor: he ahí la verdadera sabiduría y el fin de toda filosofía. Desgraciadamente, dos causas concurren a turbar sin cesar la tranquilidad del alma. Primero, los pobres mortales se imaginan que dioses buenos o malvados los

(*) Epicuro nació en Gargettos, cerca de Atenas, hacia el 341 antes de J. C.; murió en 270. Estudió poco, y concibió en buena hora la idea de una doctrina nueva, que enseñó primero en Mitilene, después en Lampsaco, en fin en Atenas. Había adquirido en esta última ciudad un jardín en donde congregaba discípulos: vivía, se dice, de pan moreno y agua clara. Sus obras, en número de trescientas, según Diógenes Laercio, se han perdido. Algunos pasajes de sus escritos nos han sido conservados por Diógenes, y se han podido descifrar fragmentos de su "Tratado de la Naturaleza" sobre un papiro hallado en Herculano.

miran fijamente, los siguen, los vigilan, interviniendo a cada instante. Consideran al rayo como un presagio o un castigo, y tiemblan cuando retumba el trueno. Creen en las potencias sobrenaturales, en todas partes presentes; las ven en todo instante y en cada lugar levantarse delante de ellos, como los fantasmas que asustan a los niños en la noche. Después, la misma muerte, en lugar de aparecer como una liberación, los espanta, porque entrevén detrás de ella los infiernos, el tártaro, y todos los suplicios de que habla la fábula. De modo que nuestra vida transcurre temiendo a los dioses y temiendo la muerte: esta doble superstición, fuente inagotable de inquietudes y de crímenes, envenena las fuentes de la vida, corrompe la felicidad y la moral.

¿Cómo volver al alma la tranquilidad que ha perdido? Basta con probarle que los dioses no se ocupan de ella durante la vida y que la muerte será el fin de todo. Solamente así el alma entrará en posesión de sí misma.

Considerando entonces las doctrinas de sus antecesores, Epicuro se apercibió de que el atomismo, más que ningún otro sistema, podría proporcionar la demostración buscada. ¿Demócrito no ha enseñado que no había en el universo más que átomos y combinaciones de átomos? ¿No ha probado que el vaivén de esos átomos, obedeciendo a fuerzas mecánicas, explicaría todos los fenómenos de la naturaleza? ¿Y que la intervención de los dioses es entonces inútil? Si los hombres han supuesto fuerzas sobrenaturales y misteriosas, es porque no podían darse cuenta de ciertos fenómenos, aquellos que en particular herían su imaginación; el rayo, por ejemplo. Que se les muestre el encadenamiento natural de las causas y los efectos: la luz se hace en su inteligencia y la superstición se desvanece.

Y el miedo de la muerte se desvanece también. Porque si los hombres creen en el infierno y en el tártaro, es porque el alma, según ellos, sobrevive al cuerpo. Pero Demócrito demostró que el alma era, como lo demás, una aglomeración simple de átomos. Ella se descompone después de la muerte, como lo hace también el cuerpo, como todas las cosas se descomponen. Y no tenemos nada que temer, porque perecemos enteramente.

He ahí por qué Epicuro adoptó la teoría de los átomos. Pero hizo adiciones y modificaciones que provienen, las unas, de su gran ignorancia en materia científica; las otras, de la aspiración tan nueva que ha concebido. Su propósito no es, en efecto, instruir a los hombres, sino tranquilizarlos.

Primeramente se dice que el movimiento perpetuo de los átomos no podría explicarse sin una causa. Les atribuyó una cualidad nueva, el peso, y supuso que, arrastrados por la pesantez, los átomos se transportarían paralelamente los unos a los otros, con velocidades iguales, a través del vacío inmenso. (*)

Ese movimiento se hace en el sentido de la vertical; los átomos se dirigen de arriba para abajo. Un espíritu más científico se hubiera preguntado, sin duda, en qué consiste lo alto y lo bajo (*). Hubiera tenido en cuenta, por lo menos, la opinión de Aristóteles, que considera el peso como resultando de la atracción de un centro. Pero Epicuro no se siente obstaculizado por tan poco; lo esencial es que uno se represente el movimiento de los átomos en el vacío; y el vulgo, que está habituado a ver *caer* los cuerpos, creará comprender y se considerará satisfecho si se le dice que los átomos son pesados y que su peso los arrastra. Pero si se mueven, merced a su peso, paralelamente unos a otros, y con iguales velocidades, ¿cómo han podido encontrarse, aglomerarse, formar cuerpos y mundos?

Es preciso admitir, responde Epicuro, que se producen por aquí o por allá excepciones a la gran ley que rige la caída de los átomos. Pueden, de tiempo en tiempo, apoyarse

(*) Según el historiador de Filosofía Zeller, Demócrito habría atribuido ya la pesantez a los átomos. Pero Zeller tiene en su contra el testimonio de Aristóteles (Metafísica, I, 4), así como los textos de Plutarco y Stobeo. En todo caso, suponiendo que Demócrito haya asignado peso a los átomos, "no ha considerado su peso como causa de su movimiento"; es lo que hace Epicuro.

(*) Es cierto que Aristóteles (Física, libro IV) había hablado de lo alto y lo bajo, también, como cosas reales. Pero intentaba, por lo menos, dar razones para ello.

hacia derecha o izquierda, desviarse ligeramente; en eso consiste el *clinamen*. Esta desviación no obedece a ley alguna, no puede ser prevista: es un capricho del átomo. Sin duda, se tiene alguna dificultad al representarse así un movimiento sin causa; pero, si se reflexiona que la desviación es muy ligera, el movimiento imperceptible, se quedará satisfecho con eso, y la concesión no habrá costado gran cosa.

Desde ese momento se explica fácilmente la formación de los mundos. Los átomos se encuentran, se entrec chocan; este choque hace rebotar los más ligeros, y esos movimientos de abajo hacia arriba, combinándose con los movimientos en sentido contrario, dan nacimiento a un movimiento rotatorio o torbellino. De ahí esas aglomeraciones de átomos, de las cuales cada una se separa del resto de la masa en virtud de su propio movimiento y da origen a un mundo. Como el número de átomos es infinito, hay una infinidad de mundos, todos profundamente diferentes entre sí. Como, por otra parte, el movimiento de los átomos es eterno, la formación de los mundos nuevos se continúa eternamente. *

La tierra en que vivimos se formó en una época relativamente reciente. Engendró primero las plantas, luego los animales. ¿Es necesario sorprenderse de la admirable disposición de los órganos y atribuir a una causa inteligente la producción de los seres vivos? Es inútil, y todo se explica por las leyes de la materia. Señalemos, en efecto, que los átomos, siempre en movimiento, agregándose y disgregándose sin cesar, darán naturalmente, durante la serie infinita de los siglos, todas las combinaciones posibles. Las combinaciones maravillosas que admiramos hoy y que denominamos seres vivos debían fatalmente producirse siempre que se esperase un tiempo bastante largo: ellas se han producido; y como las otras han desaparecido, siendo incapaces de vivir y conservarse, nosotros no apercibimos más que las mejores, las combinaciones perfectas, y admi-

(*) Filósofos añadían que hasta podrían existir otros mundos, actualmente, iguales al nuestro, con los mismos elementos, cosas, seres... (*Nota del traductor*). . .

ramos el orden y la pretendida inteligencia de la Naturaleza.

El azar solamente las ha engendrado, como ha engendrado millares de otras.

Así nació en particular la especie humana. Los primeros hombres fueron verdaderos animales y vivieron como éstos; después se civilizaron poco a poco por la invención del fuego, de los vestidos, de las artes, de la vida doméstica y de la sociedad civil. La humanidad, por otra parte, está condenada a perecer, como el mundo en que vivimos, como todos los mundos que han nacido del azar: el movimiento perpetuo de los átomos hace que un día u otro todo caerá en disolución, todo se descompondrá; los átomos, tornando a ser polvo, volverán a acercarse una vez más; combinaciones nuevas darán lugar a mundos nuevos; y así en adelante, por la eternidad del tiempo.

El alma humana está compuesta por átomos, lo mismo que los otros cuerpos, y obedece a las mismas leyes. Los átomos del alma tienen también un movimiento natural, fatal, resultante de su peso, y un movimiento voluntario, efecto de su capricho, el *clinamen*.

Cuando obedecen al primero de esos dos movimientos, el alma es pasiva y las partes que la componen se abandonan a las leyes fatales que las rigen. El alma obra, por lo contrario, y hace experiencia de libertad, cuando sus átomos usan de la facultad que poseen de apoyarse a derecha o izquierda, de desviarse ligeramente. En fin, el alma perecerá para no renacer cuando la muerte, descomponiendo el cuerpo, desagregue los átomos de que aquélla está compuesta.

Así se desvanecen, según Epicuro, los vanos fantasmas delante de los cuales la humanidad tiembla. La muerte no es un mal, porque perecemos totalmente; y los dioses no son de temer, porque son incapaces de intervenir en el universo, porque todo se explica sin ellos. Es preciso, por otro lado, admitir que esos dioses poseen una existencia real, porque pensamos en ellos. Y puesto que todo pensamiento tiene origen en una imagen, toda imagen en un objeto real que la emite. Pero no pueden mezclarse en

nuestros asuntos; no tienen tampoco ninguna ansiedad por ello; gustan mejor conversar entre ellos, hablar en griego: ¿no es acaso la conversación el más dulce de los placeres y el griego no es acaso un idioma divino? Inmóviles, inmortales, eternamente felices, habitan los espacios situados entre los mundos, donde nada perturba su perfecta tranquilidad.

Tal es el sistema del que se apasionó Lucrecio; tal es el filósofo al que ha consagrado una admiración profunda.

Para Lucrecio, Epicuro no es solamente un sabio; es el sabio por excelencia, es el gran benefactor de la humanidad. — Tampoco tiene por él la simple deferencia del discípulo por su maestro; lo ama con toda el alma, lo adora como a un dios; es a duras penas que osará tomar la palabra después que el sabio ha hablado:

... *Quid enim contendat hirundo
Cycnis, aut quidnam tremulis facere artubus haedi,
Consimile in cursu possint et fortis equi vis?*

¿Qué puede pretender la golondrina entre los cisnes? ¿Y con sus temblorosos miembros los cabritos podrían igualar en la carrera el impulso del fortísimo caballo?

(Libro III, verso 6 y siguientes.)

¿Quién celebrará como ellos lo merecen, sus grandes, sublimes descubrimientos?

*Quis potis est dignum pollenti pectore carmen
condere pro rerum majestate hisque repertis?*

¿Qué hombre de inspiración potente podrá componer un poema digno de la majestad del tema y de tan grandes descubrimientos?

(Libro V, verso 1.)

Sólo un dios ha podido realizarlas:

*Nam si, ut ipsa petit majestas cognita rerum,
dicendum est, deus ille fuit, deus, inelyte Memmi!*

Aquel fue un dios, sí, un dios, glorioso Memmio, que primeramente encontró esta regla de vida hoy llamada sabiduría, etc., etc.

(Libro V, verso 7.)

Así, aunque Atenas no hubiera dado al mundo más que a Epicuro, ya habría hecho demasiado por la humanidad:

*Et primae dederunt solatia dulcia vitae
cum genuere virum tali cum corde repertum,
omnia veridico qui quondam ex ore profudit.*

...Y fué ella (Atenas) la primera que les aseguró las dulces consolaciones de la vida, engendrando ese hombre de vasto genio, cuya boca, llena de verdades, ha dado la respuesta a todas las cosas...

(Libro VI, verso 4.)

Se verá que al principio de cada libro de su poema, o poco falta, Lucrecio ha colocado un pomposo elogio de Epicuro, sin repetirse jamás. (*)

En el primer libro es el valor de Epicuro lo que exalta, y la fuerza de alma que le fué preciso desarrollar para dominar la superstición. Más lejos, al principio del tercer libro, alabará la penetración del genio científico de Epicuro; ¿no nos ha revelado los secretos de la naturaleza de las cosas? En fin, en los dos últimos libros, el poeta insistirá sobre todo en los beneficios de la moral epicúrea. Es así que, para honrar a Epicuro, Lucrecio ha sabido siempre encontrar fórmulas nuevas, y como ha consagrado hacia su maestro un culto verdadero, ha hecho preceder cada libro con una invocación. Y no obstante, siguiendo a Epicuro de muy cerca, creyendo traducirlo, Lucrecio ha quedado, tal vez sin saberlo, con toda seguridad sin quererlo, singularmente original. Para darnos cuenta de ello, sería necesario comparar uno a uno los textos de Epicuro que se han conservado, con los versos de Lucrecio que los traducen desarrollándolos. Se vería que el poeta, por adiciones al parecer insignificantes, sobre todo por el giro que le da a la frase, renueva el pensamiento del maestro, o más bien, hace que dicho pensamiento provoque en nuestra alma un sentimiento totalmente nuevo.

Sin emprender ese estudio en detalle, mostremos breve-

(*) Ver: Martha, "El poema de Lucrecio".

mente lo que pertenece en propiedad a Lucrecio y en que consiste su originalidad.

Epicuro no parece haber amado la naturaleza. Si estudia los fenómenos físicos, no es por el goce de instruirse; si los explica a sus discípulos, no es solamente con el fin de mejor ilustrarlos sobre la naturaleza de las cosas. Esta ciencia pura, desinteresada, que desea que uno estudie sin otro propósito que de saber, que uno sepa sin otro beneficio que de poder en adelante darse cuenta de los hechos, Epicuro la rechaza desdeñosamente. ¿No llegaba hasta proponer tres o cuatro explicaciones del mismo fenómeno? Es que el único objeto de la ciencia, según él, es desterrar a los dioses de la naturaleza: la ciencia no es sino un arma contra la superstición. Si el sistema de Demócrito tiene encantos para él, es porque tiene allí un medio cómodo de vincular todo a causas mecánicas y naturales.

¿Cuáles son, con exactitud, estas causas en cada uno de los casos particulares?

Eso no importa. De ahí las explicaciones pueriles propuestas para un gran número de fenómenos, de ahí la aridez, la futilidad de la doctrina epicúrea sobre todas las cuestiones que no interesan directamente a la vida práctica y a la búsqueda de la felicidad.

Al contrario: lo que ha impresionado a Lucrecio en la doctrina de Demócrito a través de la filosofía de Epicuro, es aquello precisamente que Epicuro ha apreciado menos, o sea la inquebrantable fijeza de las leyes naturales. Si hoy no existen, y si no han existido nunca, más que átomos y combinaciones de átomos y desplazamientos de átomos; si esos átomos se mueven con un movimiento eterno y fatal, es preciso entonces que leyes fijas, inmutables, presidan el nacimiento, el desarrollo y la caducidad de las cosas, que envuelva y que comprime en todas partes el estrecho círculo de la necesidad. Y, a la luz de lo que él cree sea la idea esencial del epicurismo, Lucrecio percibe, bajo los fenómenos infinitamente variados de una naturaleza en apariencia caprichosa, átomos moviéndose en direcciones bien determinadas, leyes inmutables que trabajan uniformemente.

Pero Lucrecio es además un observador apasionado de la naturaleza; se destaca por arrancarle el lado pintoresco, los matices móviles y cambiantes. ¡Cosa admirable!, percibe al mismo tiempo en la naturaleza aquello que interesa al geómetra y seduce al pintor. Se le podría comparar con un gran artista que, frente al modelo que posa, admira en él la belleza, la comprende, la expresa maravillosamente, y no puede impedir, no obstante, descomponer ese modelo con el pensamiento, en fibras o células, en hacer su anatomía.

Es esa aptitud de Lucrecio para aprisionar totalmente de un golpe el doble aspecto de las cosas, lo que hace la incomparable originalidad de su poesía, de su filosofía, de su genio, en una palabra. Si se hubiese limitado a pintar la naturaleza por sus contornos, su descripción habría sido fría y banal. Si no hubiera hecho más que desarrollar en versos latinos la teoría de los átomos, hubiera podido ser el más árido de los geómetras. Pero su descripción no es fría, porque no describe nunca —lo sentimos muy bien— todos los seres resultan de combinaciones de átomos, todos por el simple placer de describir: como la teoría de los átomos lo preocupa sin cesar, describe para probar, y sobre cada una de sus descripciones ha pasado algo así como un aliento oratorio que la anima y nos arrastra.

Y su geometría no es nunca seca, porque es viva como la naturaleza, porque el poeta no se representa las combinaciones de átomos en su fría desnudez, como lo hacía Demócrito, sino que las reviste inmediatamente, y a pesar suyo, con los colores que su imaginación reconoce o presta a la realidad.

¿Es necesario sorprenderse, con algunos, de que el sistema de Epicuro haya inspirado a Lucrecio tan maravillosamente? Sin duda, el poeta no habría escrito su "De rerum natura" si no hubiera visto en el epicureísmo nada más que una doctrina egoísta, seca, formulada para procurar al hombre la calma y la tranquilidad del animal, libertándolo de sus más nobles inquietudes. Pero Lucrecio, aceptando en total las consecuencias morales de la doctrina epicúrea, atribuyéndoles además un altísimo valor, ha sabido vincularlas a una grande y poética idea, ya emitida

por Demócrito, mal sostenida por Epicuro, y en todo caso, nueva en Roma: la idea de la eterna fijeza de las leyes de la naturaleza. Se dirá, no sin razón, que la teoría de los átomos es insuficiente, sobre todo cuando intenta explicar el abn y los fenómenos espirituales.

Lo que es incontestable, es que existe en el atomismo una concepción poética del universo. Esos átomos en número infinito que se mueven regularmente, en virtud de principios inmutables, a través del espacio sin límites; esos mundos que se hacen y se deshacen sin cesar; esos grandes hundimientos que provoca, en su marcha reglamentada y tranquila, la invencible necesidad de las leyes naturales: he ahí seguramente algo para seducir y transportar una imaginación aún menos viva que la de Lucrecio. La naturaleza reviste así una majestad nueva, sobre todo no hay fenómeno que no merezca ser descrito, no hay hecho de que no se pueda contestar la importancia, porque todos los cambios, grandes y pequeños, tienen las mismas causas, puesto que la misma razón determina que el hierro se use y que el universo transcurra, puesto que todas las descripciones deben poner a luz la misma verdad eterna.

Es, entonces, vinculándose a una idea de Demócrito, que Lucrecio ha dado al epicureísmo un nuevo aspecto. Pero esta concepción original de la naturaleza de las cosas, lo conduce a una concepción no menos original de la naturaleza humana.

La doctrina de Epicuro, sin ser precisamente alegre, excluye la melancolía, la tristeza, todo lo que perturba el alma. Cuando uno ha sabido deshacerse de las supersticiones y de los pueriles temores, renunciar a la vida política y mismo a la vida de familia, cuando las preocupaciones se disipan, cuando se callan las pasiones, de ese estado de equilibrio nace una felicidad durable; el alma se abandona a una apacible alegría, poco intensa, pero continuada. Es esta quietud, esta inalterable serenidad lo que aspira el verdadero epicúreo. (*)

(*) Ataraxia.

Absolutamente otra es la conclusión que Lucrecio saca del atomismo. Como la fatalidad de las leyes naturales es lo que más lo ha impresionado en la doctrina de los átomos, el poeta ha sido dominado, a pesar de la serenidad que adopta, por una piedad dolorosa hacia esta humanidad que se agita sin resultado, que lucha sin provecho, y a la que las leyes inflexibles de la naturaleza arrastran, muy a su pesar, en el inmenso torbellino de las cosas. ¿Para qué trabajar, tomarse molestias, luchar, para qué lamentarse? Sufrimos la ley común y la naturaleza se cuida poco de nosotros. Que un viento repleto de gérmenes envenenados sople sobre la tierra; tomará nacimiento una epidemia. morirán hombres, los dioses no podrán hacer nada. Y es haciendo la espantosa descripción de la peste de Atenas como termina el poema. Lucrecio ha querido enseñarnos la impotencia de los hombres y los dioses en presencia de las leyes de la naturaleza; ha querido que el cuadro fuera espantoso, que la tristeza invadiese nuestra alma, y que tal fuese nuestra última impresión. Lo ha logrado; y la piedad sincera, profunda, que testimonia a la humanidad en sufrimiento, hace que nos sintamos vinculados a él, que lo amemos, al mismo tiempo que esa piedad proporciona a su doctrina y a su poema una originalidad que tiene su precio.

III

LA FISICA DE LUCRECIO

Lucrecio ha sacado de la teoría de los átomos un gran número de conclusiones científicas. La ciencia propiamente dicha desempeña en su poema un papel no menos considerable que la filosofía. Señalaremos en nuestros extractos, de paso, lo que hay de bueno y de malo en sus explicaciones. Son, a veces, irrisorias, y la debilidad de Lucrecio obedece, creemos, a varias causas.

En primer término, las ideas mitológicas no han perdido todo su imperio sobre el espíritu del poeta. Gusta declarar que los dioses no intervienen para nada en el mundo, que todos los seres resultan de combinaciones de átomos, todos los fenómenos de movimientos de átomos; de tiempo en tiempo, sin que él mismo se aperciba, la concepción pagana de una naturaleza viviente, personal, se hace furtivamente sentir. Sin duda, Lucrecio protestará contra la teoría que considera a la tierra, por ejemplo, como un ser animado; y con todo, es un hecho notable que la tierra sea constantemente asimilada por él al cuerpo humano. ¿No ha producido, acaso, a los seres organizados, como una madre a sus hijos? ¿No se halla cubierta de hierbas al principio, como el cuerpo se cubre de vellos? (Libro V, verso 788.) ¿No es con su salado sudor que ha llenado las cuencas de sus mares? (Libro V, verso 487.) Y esas no son puras me-

táforas, ficciones poéticas, puesto que Lucrecio no nos rinde cuenta de otro modo del nacimiento de los seres vivos, ni de la producción de las hierbas o del agua salada. Lo que es preciso decir, es que no nos libertamos nunca de una sola vez de las ideas en medio de las cuales hemos vivido, y que aún respiramos en el aire que nos circunda.

La lengua que hablamos está como impregnada de esas ideas; sufrimos esa influencia secreta cuando hablamos, cuando escribimos, y hasta en esas conversaciones silenciosas que mantenemos con nosotros mismos, cuando pensamos interiormente.

Debe agregarse que la responsabilidad de los errores físicos de Lucrecio viene, la mayoría de las veces, del tiempo de Epicuro.

Se han podido leer algunos fragmentos de un papiro casi carbonizado, que fué hallado entre las excavaciones de Herculano: era un libro de Epicuro sobre la física, y es fácil reconocer así que Lucrecio ha seguido de muy cerca a su modelo. Por otra parte, se sabe que Epicuro hacía poco caso de la física propiamente dicha, siempre listo para adoptar la primera explicación surgida, con tal que ella no recurriese a lo sobrenatural. Es en astronomía, sobre todo, donde se manifiesta el profundo desdén de ese filósofo por la ciencia pura. ¿No declaraba que la dimensión del Sol era, aproximadamente, la misma que aparenta tener, que los fenómenos celestes pueden comprenderse de muchas maneras, y que todas las explicaciones eran igualmente válidas? La Luna, decía, posee luz propia, a menos que prefiráis admitir que toma la del Sol. Los astros parecen levantarse y acostarse porque giran alrededor de la Tierra, o puede ser simplemente porque se encienden y se extinguen todos los días. La ignorancia, o mejor, la indiferencia de Epicuro es tanto más chocante en astronomía, cuanto que los astrónomos griegos habían llegado, sobre una multitud de temas, a resultados precisos y de una verdad incontestable. Lucrecio ha acórdado a Epicuro físico la misma confianza que a Epicuro filósofo; de ahí un gran número de errores.

Pero, por otra parte, no se puede leer el poema de Lu-

crecio, sobre todo en las partes más áridas y más estrictamente científicas, sin sentirse impresionado por las verdades numerosas que ha entrevisto, adivinado, y que la ciencia moderna no ha podido sino consagrar por una demostración precisa. Las enumeraremos más adelante. Por el momento, expliquemos cómo Lucrecio debía naturalmente ser conducido por el método que adopta, a muy altas, muy generales verdades, al mismo tiempo que a pueriles errores.

El método científico, tal como los modernos lo entienden, comprende tres procedimientos: observación, hipótesis y experimentación. La observación nos presenta los fenómenos que se trata de explicar, de sujetar a leyes: plantea el problema. El espíritu trabaja entonces sobre los hechos que la observación le ha proporcionado; imagina, para unirlos, para conexionarlos unos con otros, para explicarlos, en una palabra, varias hipótesis igualmente aceptables. ¿Cuál es, entre estas hipótesis, la que merece suplantar a las otras? Para saberlo, consideremos separadamente cada una de las hipótesis; suponiendo alguna verdadera, sacamos consecuencias y las verificamos por la experimentación. Si la experiencia justifica nuestras previsiones, la hipótesis es verdadera; si no, es preciso pasar a la siguiente, y así en adelante. De modo que toda explicación científica puede definirse, en suma: una hipótesis que la experiencia verifica. El hombre de ciencia debe compenetrarse, desde entonces, con dos grandes verdades; no hay explicación científica que no sea el resultado de un trabajo del espíritu, que no se reduzca, por consecuencia, a una hipótesis; pero no hay hipótesis, por simple que parezca, que pueda ser considerada como explicación científica en tanto que la experimentación no la haya confirmado.

De estos tres procedimientos: observación, hipótesis y experimentación, Lucrecio ha practicado los dos primeros. Observa con perspicacia, y su imaginación es fecunda en hipótesis. Pero no conoció la experimentación, mismo en el sentido muy general que le damos a la palabra, y uno se explica de esa manera esa singular mezcla de verdades profundas y errores pueriles, que desconciertan al físico cuando lee a Lucrecio. — Con su imaginación ardiente y

fuerte, el poeta adivina algunas de las grandes leyes de la naturaleza; tiene como el presentimiento de ellas. Pero, como ha partido sin método de una observación superficial, no encuentra la verdad si no es por efecto de un feliz azar; y, como es incapaz de verificar científicamente las leyes que encuentra, no puede sino darlas, siendo verdaderas, como verosímiles.

Se comprende que Lucrecio se haya equivocado casi siempre en las explicaciones de detalle, en donde la hipótesis hace llamado a una verificación inmediata, y no puede quedar satisfecha si no la recibe. Que, por el contrario, haya presentido y generalmente expresado en términos ya muy nítidos, algunas de las grandes teorías, obras de imaginación tanto como sugerencias de la experiencia, a las cuales la ciencia moderna ha dado una consagración definitiva.

No insistiremos aquí más que en la teoría de los átomos. Es un hecho notable que, después de veinte siglos de tanteos, la química haya tenido que volver a la teoría de Lucrecio, expuesta por él con la última precisión. La ciencia moderna, en efecto, ha empezado por mostrar que todos los cuerpos, en multitud indefinida, que nos presenta la naturaleza, están compuestos de un pequeño número de elementos, de cuerpos simples. Y para explicar las combinaciones de estos cuerpos simples entre sí, ha sido necesario admitir que se hallaban compuestos por átomos.

¿Dos cuerpos simples, por ejemplo, se hallan en presencia de condiciones determinadas?: un átomo del primero llama hacia él, por decirlo así, a uno, dos, tres átomos del segundo; así se forman las moléculas complejas que contienen, en una relación determinada, átomos del segundo cuerpo y átomos del primero; el conjunto de esas moléculas es un cuerpo nuevo, resultado de la combinación química de dos cuerpos simples.

Pero en tanto que Lucrecio no pueda fundar la teoría de los átomos sino basándose en observaciones vagas, fracasa también, a pesar de su elocuencia para hacernos aceptar eso como otra cosa que como una explicación verosímil; la ciencia moderna proporciona una verdadera demostración.

¿Y cómo lo consigue? Precisamente, sacando las consecuencias de la hipótesis que ha hecho, y asegurándose de la experiencia las verifique.

Señalemos, en efecto, que si las cosas pasan como lo hemos admitido, dos cuerpos simples se combinarán, para formar un compuesto, en proporciones determinadas e invariables. Si un átomo del cuerpo A se agrega a sí dos átomos del cuerpo B, para dar una molécula del cuerpo C, y que el cuerpo compuesto C contiene n átomos de A, no podría admitir más o menos de $2n$ átomos de B. Desde entonces, colocad una cierta cantidad del cuerpo A en presencia de una cantidad indeterminada del cuerpo B; los n átomos de A traerán a los $2n$ átomos de B, y dejarán a los restantes fuera de la combinación.

Es precisamente lo que la experiencia verifica. Si en una mezcla de hidrógeno y oxígeno se hace pasar una chispa eléctrica, esos dos cuerpos se combinan invariablemente en la proporción de 1 a 8 para formar agua; colocad 10 gramos de oxígeno en presencia de 1 gramo de hidrógeno, y veréis que 2 gramos de oxígeno quedarán fuera de la combinación. La teoría atómica es así verificada experimentalmente.

Pero no es todo. Si 1 átomo de A forma con 2 átomos de B una molécula de C, ¿no se podría, con 3, 4, 5 átomos de B, dar lugar a cuerpos nuevos, D, E, F, por ejemplo? Y desde que en cada molécula, donde había al principio 2 átomos del cuerpo B, hay ahora 3, 4, 5, las cantidades de ese cuerpo que entran en las combinaciones nuevas ¿no serían, con respecto a aquella que entraba en la primera, tanto como 3, 4, 5, son con relación a 2? Es, todavía, lo que la experiencia verifica. El nitrógeno, combinándose con el oxígeno, da nacimiento a cinco cuerpos principales. Si se les analiza, se encuentra que por 14 gramos de nitrógeno el primero contiene 8 gramos de oxígeno, el segundo 16, el tercero 24, el cuarto 32, el quinto 40. Y podemos enunciar esta ley general:

Existe siempre una relación simple entre las diferentes cantidades de un mismo cuerpo, que se combinan con una cantidad determinada de otro cuerpo dado.

Es así que la ciencia moderna, sacando las consecuencias de la teoría atómica, verificándolas por la experiencia, ha venido a proporcionar a las hipótesis de Demócrito, Epicuro y Lucrecio una sorprendente confirmación.

Sería fácil mostrar de qué manera, sobre otros temas, notablemente sobre la cuestión del origen de los seres vivos, Lucrecio ha tenido como un presentimiento de las grandes teorías de nuestro tiempo. Se ha hecho notar más de una vez la analogía de las ideas expuestas en el quinto libro con aquellas del gran naturalista Darwin. Se nos permitirá señalar esta semejanza, y no insistir, siendo el transformismo, aún hoy, una hipótesis.

Sería necesario, entretanto, hacer ver cómo Lucrecio se equivoca casi invariablemente cuando, dejando de lado las vistas generales y las grandes hipótesis, pretende explicar los hechos particulares.

Es así que la luz sería producida, según él, por partículas luminosas, los *simulacros*, que se desprenden de los objetos y vienen a herir el órgano de la vista. Es así que el sonido tendría por causa la emisión de moléculas sonoras. La explicación del rayo, no es más valiosa. ¿Cómo Lucrecio podría haber llegado a una solución precisa, allí donde una observación sistemática es necesaria al mismo tiempo que la aplicación rigurosa del método experimental?

Pero lo que ha faltado a Lucrecio ha sido método y no genio. El sentimiento profundo que ha tenido del mecanicismo universal es la prueba; no hay que olvidar que Lucrecio ha sido el primero en apreciar como se merece el principio, fundamento de la ciencia moderna: nada se pierde, nada se crea.

IV

EL TEXTO DE LUCRECIO

Es difícil admitir que la obra de Lucrecio haya quedado sin terminar. El poeta enumera, al principio de su 1.^{er} libro (Libro I, versos 55, 127) los principales asuntos que tratará: naturaleza del alma, origen de la creencia en los espíritus, fenómenos celestes, primeros principios de la filosofía natural, producción natural de las cosas, etc., etc., y cada uno de esos temas lo ha tratado en el poema, tal cual ha llegado a nosotros. Además Lucrecio declara formalmente al principio del Libro VI, que éste será el último.

Por otra parte, si la obra está completa, es cierto que Lucrecio no le dió los últimos toques. El Libro I es el único donde los diversos argumentos están metódicamente dispuestos. Como el poeta nos habla en más de un lugar de la extrema importancia que asigna a una distribución sistemática de las partes, a un agrupamiento metódico de las pruebas, es preciso creer que hubiera transpuesto párrafos enteros, intercalado transiciones, suprimido repeticiones, si hubiera tenido tiempo para ello. El poema no fué publicado sino después de la muerte de Lucrecio.

Según San Jerónimo, Cicerón habría sido el primer editor. Es preciso agregar que nada, en los escritos de Cicerón, viene a confirmar el testimonio de San Jerónimo; su correspondencia es muda al respecto, y ya se sabe que no tenía la costumbre de callar lo que hacía.

¿Se puede admitir, como quieren algunos, que San Jerónimo haya hecho alusión, no a Cicerón el orador, sino a su hermano Quintus? — En los escritos de San Jerónimo el nombre de Cicerón no es dado sino al orador. — Lleguemos a la conclusión de que el editor de Lucrecio permanece desconocido; que ese editor ha podido ser Cicerón, que una vaga tradición lo designa, pero que nada la confirma.

Es difícil saber si el poema de Lucrecio fué apreciado en su valor desde el principio. Cicerón habla de él muy fríamente. (*) Lo que es cierto es que los grandes escritores del siglo de Augusto conocen el poema "De rerum natura" de memoria (*par coeur*) e imitan constantemente a Lucrecio sin nombrarlo. Virgilio temería desagradar a Augusto pronunciando el nombre del antiguo poeta; una sola vez arriesgó una alusión tímida:

*Felix qui potuit rerum cognoscere causas,
atque metus omnes et inexorabile fatum
subjecit pedibus, strepitumque Acheruntis avari!*

En revancha, el que reuniese todas las expresiones, todos los hemistiquios que Virgilio ha tomado de Lucrecio, compondría fácilmente un volumen. Que una idea ya expresada por Lucrecio se presente al espíritu de Virgilio; éste se servirá de ella casi con las mismas palabras.

Lucrecio había dicho, haciendo alusión a los que se aprovechan en las guerras civiles:

Gaudent in tristi funeri fratris

(... Ellos vierten sangre de hermanos para inflar sus riquezas...)
(Libro III, 72.)

Virgilio no puede impedir de repetir:

(*) Escribe a Quintus: "*Lucreti poemata ut scribis ita sunt: multis luminibus ingenti, non multae tamen artis.*" — (Ad Quintus, fragm. II, 11-4.)
El texto de este pasaje es discutido.

Gaudent perfusi sanguine fratrum

(*Hermanos felices vertiendo sangre de hermanos*)

(*"Geórgicas"*, II, 510.)

Lucrecio ha dicho:

Primum Aurora novo cum spargit lumine terras

(*Cuando la aurora expande sobre la tierra sus primeros resplandores*)

(Libro II, 144.)

Virgilio repite:

Et jam prima novo spargebat lumine terras..

Aurora...

(*Ya en esto esparcía sobre la tierra su nueva claridad la naciente aurora*)

(*"Eneida"*, IX, 459. -- Versión de Eugenio Ochoa.)

Señalaremos al pie de nuestras páginas muchas imitaciones de este género; en otros sitios, serán simples reminiscencias.

Virgilio no hubiera escrito:

... pueroque puer dilectus Iulo,

(*... el tierno Atis, niño querido del niño Iulo*)

(*"Eneida"*, V, 569.)

si Lucrecio no hubiera dicho:

Cum pueri circum puerum pernice chorea

(*Niños en armas formaban rondas ágiles*)

(Libro II, 635. -- Versión de Benout.)

Lo que es más interesante es ver cómo Virgilio, en más de un pasaje, imita a Lucrecio casi sin dudarlo. Lucrecio habla en alguna parte de los beneficios de la lluvia; por ella los árboles se cubren de ramas:

*Ramique virescunt
Arboribus; crescunt ipsae, fetuque gravantur.*

(Y los mismos árboles se agrandan y se cargan de fentos)
(Libro I, 253. -- Traducción de Ernout.)

Virgilio, haciendo expresar a Galo una idea muy diferente, coloca al principio de un verso la palabra *arboribus*. En seguida la palabra *crescunt* se presenta a su espíritu, sin que él mismo sepa por qué, tal vez; el resto del verso encaja, por decirlo así, en el ritmo del verso de Lucrecio, y escribe:

Arboribus; crescunt illae, crescetis amores.

(Los árboles crecerán; con ellos creceréis, amores)
(“Eglogas”, X, 54.)

Fácilmente se citarían versos de Virgilio que reproducen así el ritmo y el movimiento de ciertos versos de Lucrecio, sin repetir las palabras.

Estas imitaciones, probablemente inconscientes, testimonian en Virgilio un estudio profundizado de Lucrecio, y una completa posesión de este autor. Los antiguos ya se habían apercibido; se lee en Aulio Gelio: “Nosotros sabemos que Virgilio ha reproducido, no sólo una multitud de expresiones, sino todavía versos casi enteros de Lucrecio.” (Libro I, 21-7.)

Las imitaciones de Ovidio no son menos numerosas que las de Virgilio. Ovidio, por lo menos, tuvo el valor de expresar abiertamente su opinión: “Los versos sublimes de Lucrecio perecerán, dice, el día en que perezca el universo.”

*Carmina sublimis tum sunt peritura Lucreti
Exitio terras cum dabit una dies*
(“Amores”, I, 15-23.)

También le toma a Lucrecio muchas ideas; pero las debilita casi infaliblemente expresándolas. Se recuerdan los bellos versos de Lucrecio:

*Despicere unde queas atios, passimque videre,
Errare, atque viam palantes quaerere vitae.*

... Regiones serenas, desde donde se puede hacer bajar las miradas sobre los otros hombres, verlos errantes por todas partes, buscando el camino de la vida por azar.

(Libro II, 9.)

Ovidio se apodera:

*Palant sique homines passim ac rationis egentes
Despectare procul...*

(“Metamorfosis”, 15, 150.)

Le ocurre mismo que imita hasta tres o cuatro veces el propio pasaje de Lucrecio; éste, por ejemplo:

*Quinetiam, multis solis redeuntibus annis,
Anulus in digito subtertenuatur habendo;
Stillicidi casus lapidem cavat; uncus aratri
Ferreus occulte decrescit vomer in arvis;
Strataque jam volgi pedibus detrita viarum
Saxea conspiciamus...*

Y mismo, a medida que se suceden las revoluciones del Sol, el anillo que uno lleva en el dedo se adelgaza por debajo; la caída de la gota horeda las piedras; bien que sea de hierro, la rejilla del arado se desgasta invisiblemente en los surcos; bajo los pies de los viajeros vemos cómo se gastan los escalones de piedra de las rutas; en fin, en las puertas de las ciudades las estatuas de bronce muestran a menudo sus manos desgastadas por el beso de los viandantes que las saludan...

(Libro I, 311. -- Versión de Ernout.)

Se encuentra en Ovidio:

*Ferreus absiduo consumitur anulus usu,
Interit adsidua vomer aduncus humo.
Quid magis est saxo durum, quid mollius unda?
Dura tamen molli saxa cavantur aqua.*

Un continuo frotamiento llega a gastar un anillo de hierro; al hendir conti-

nuamente la tierra, la encorvada reja del arado se destruye. ¿Qué hay más duro que la piedra, más inconsistente que el agua? Sin embargo, esa piedra dura es ahuecado por esa agua inconsistente.

(“Arte de Amar”, I, 473.)

Y en otra parte:

*Gutta cavat lapidem, consumitur anulus usu;
Adteritur pressa vomer aduncus humo...*

En fin: ¿quién no reconocerá en el siguiente verso, por ejemplo, de Ovidio,

Silva domus fuerat, cibus herba, cubilia frondes

La selva era su habitación, su alimento las hierbas, su lecho las hojas.

(“Arte de Amar”, II, 475.)

el movimiento y el ritmo del verso de Lucrecio:

*Terra cibum pueris, vestem vapor, herba cubile
Praebibat?*

... la naturaleza dirigía hacia ellos los canales de la tierra que ella forzaba a vertir por sus orificios un jugo semejante a la leche; así, toda madre, después del alumbramiento, se llena de dulce leche.

(Libro V, 813. -- Versión de Ernout.)

Eso no es todo. Un estudio profundizado de las imitaciones de Virgilio y Ovidio pondría en claro un hecho extremadamente interesante. Muy a menudo, y aun mismo la mayor parte del tiempo, son las mismas expresiones las que Virgilio y Ovidio toman de Lucrecio; son los mismos pasajes los copiados. No existe más que un medio, creemos, para explicar tales coincidencias; es necesario suponer que en el siglo de Augusto el poema de Lucrecio era sumamente estudiado, demasiado clásico, para que muchas expresiones del autor se hubiesen vuelto proverbiales. En el tiempo en que se cultivaba en nuestros colegios el verso latino, ciertos finales de versos tomados de Virgilio, por ejemplo, se encontraban en muchos ejercicios; eran casi

siempre los mismos; eran demasiado conocidos para que uno pudiera apropiárselos sin plagio, demasiado cómodos para que no se sintiera tentado de colocarlos un poco en todas partes.

Así, ciertas expresiones, sobre todo ciertos finales de versos de Lucrecio, habían caído probablemente en el dominio público. Citemos los ejemplos más notables.

Lucrecio pinta así la juventud:

*Tum demum puero illi aevo florente iuventas
Occipit, et molli vestit lanugine malas.*

*Es solamente entonces que el niño ve abrirse la juventud en toda su flor,
que reviste sus mejillas con un vello sedoso.*

(Libro V, 885.)

En lo sucesivo, el final del verso *lanugine malas* entrará en muchas descripciones de la juventud. Ovidio la repetirá tres veces y uno se acordará del verso de Virgilio:

... flaventem prima lanugine malas.

(“Eneida”, X, 324.)

Lucrecio dice, hablando de un dolor moral, del dolor de una madre:

Æternumque daret matri sub pectore vulnus.

... llevando al corazón de su madre una herida eterna.

(Libro II, 638. -- Versión de Ernout.)

Tres versos de Virgilio terminan del mismo modo:

Æternum servans sub pectore vulnus.

... cuando Juno, viva en lo hondo de su pecho la eterna herida...

(“Eneida”, I, 36.)

Et tacitum vivit sub pectore vulnus.

Una dulce llama consume sus huesos y en su pecho vive la oculta herida...

(“Eneida”, IV, 67.)

Infixum sub pectore vulnus.

Por la profunda herida que tiene debajo del pecho sale silbando su aliento.

(Dido. -- Libro IV, 689. -- Traduc. de Ochoa.)

Y se encuentra en Ovidio:

Medioque tenens in pectore vulnus.

(“Metamorfosis”, VII, 842.)

Lucrecio termina su elogio de Empedocles con este hermoso verso:

Ut vox humana videatur stirpe creatus.

Los cantos de este divino genio llevan por todas partes su grande voz y publican sus descubrimientos sublimes, que harían casi dudar de su origen humano.

(Libro I, 733. -- Versión de Ernout.)

Virgilio dirá:

Vulcani stirpe creatus.

(“Eneida”, X, 543.)

y Ovidio:

Memores qua sitis stirpe creati,

(“Metamorfosis”, III, 543.)

humili de stirpe creatus, etc.

(“Metamorfosis”, XIV, 699.)

Lucrecio ha dicho en uno de los más notables pasajes del libro tercero:

*Nec dulces occurrent oscula nati
Praeripere...*

(Libro III, 393.)

Virgilio terminará un verso de las "Geórgicas" de la misma manera:

... *Dulces pendent circum oscula nati.*

... Los hijos queridos, suspendidos de su cuello se disputan sus besos.

("Geórgicas", II, 523.) (*)

Y Ovidio escribirá:

Dedit oscula nato.

("Metamorfosis", VIII, 211.)

Dedit oscula natae.

... después de haberle dado besos como a una hija querida.

("Metamorfosis", IV, 222.)

(*) En ciertas circunstancias, pasajes de Lucrecio ya anuncian la atmósfera de ternura natural que reina en la égloga de Virgilio. Cuando aquél relata episodios campesinos, a modo de ejemplos para su tesis, y describe el sentimiento que suelen tener los animales, lo hace de tal modo que traslada a los seres irracionales, las modalidades afectivas que con mayor o menor intensidad revelan los humanos. En conjunto, el siguiente fragmento, en la versión de Leopoldo Eulogio Palacios ("Cruz y Raya", N.º 21, diciembre de 1934), puede confundirse con pasajes del característico Virgilio de las Eglogas.

LA VACA A QUIEN PRIVARON DE SU HIJO

(*At mater, virideis saltus orbatâ peragrans*)

Va sola en el verdor la triste vaca,
madre sin hijo ya. Dobló su cuello
sobre el ara lustrosa el ternero
y en cálido fluir le sangra el pecho.
¡Ay la doliente madre que le busca,
torpe el mirar bajo el festuz resuelto!
Husmea con el morro sobre el césped,
rastreado las huellas del ternero,
y de escarbar se rinde su pezuña,
y de mugir se queda sin aliento.

Se podrían multiplicar los ejemplos.

Horacio imita a Lucrecio con menos frecuencia. Epicúreo en muy distinto sentido que Lucrecio, era poco afecto a gustar la máscara simplicidad del viejo poeta. No obstante, le ocurre también reproducir locuciones de Lucrecio que se habían hecho proverbiales.

Cuando dice, por ejemplo:

*Nam quod avus tibi maternus fuit atque paternus
Olim qui magnis legionibus imperitarent.*

(“Sátira”, I, 6-4.)

piensa evidentemente en estos versos de Lucrecio:

*Reges rerumque potentes
Occiderunt, magnis qui gentibus imperitarunt.*

(Libro III, verso 1026.)

La expresión *interprete lingua*, que se encuentra en el “Arte Poética”:

En la umbría del bosque se detiene
y colma de querellas el silencio,
y regresa mil veces al establo,
herida en la añoranza del pequeño.
Ni la corriente de los anchos ríos,
ni los retoños de los sauces tiernos,
ni la frescura de las altas hierbas
le desvían el ánimo suspenso.

Y aunque mire triscar los ternerrillos
que por las praderías van paciando,
ella conoce tanto al hijo propio,
que no se alivia su dolor al verlos.

NOTA DEL TRADUCTOR.

Post effert animi motus interprete lingua

(“Arte Poética”, III.)

está tomada de Lucrecio:

Atque animi interpres manabat, lingua cruore

Y la intérprete del pensamiento, la lengua, estaba repulsiva de sangre...

(Libro VI, 1147.)

como también es el verso de Lucrecio:

Juvat integros accedere fontes,

Me place ir a beber a las fuentes vírgenes.

(Libro I, 927; Libro IV, 2.)

es el que inspira a Horacio cuando expresa:

O quae fontibus integris

Gaudes...

Tú, que en las fuentes puras te agradas...

(“Odas”, I, 26, 6. ... JAVIER DE BURGOS.)

En otra parte hará alusión a versos de Lucrecio que supone conocidos del lector:

Namque deos didici securum agere aevum

(“Sátiras”, I, 3, 101.)

Lucrecio, en efecto, había dicho:

Nam bene qui didicere deos securum agere aevum

*Sucede que los hombres, después de haber aprendido que los dioses viven,
sin olvidarse del mundo...*

(Libro VI, 58.)

Se podría igualmente aproximar los versos de Horacio:

Decidimus

quo pius Aeneas, quo dives Tullus et Ancus

(“Odas”, IV, 7, 15.)

y este:

Ire tamen restat Numa quo devenit et Ancus

(“Epodos”, 1-6. 27.)

con el verso de Lucrecio:

Lumina sis oculis etiam bonus Ancu'reliquit.

El buen Ancus ha cerrado también sus ojos a la luz.

(Libro III, 1023.)

Pero parece que aquí Lucrecio mismo imita a Ennio.

Las citas, que podrían multiplicarse hasta el infinito (*), darán una idea de la influencia inmensa que ejerció Lucrecio sobre la literatura clásica. Es evidente, para cualquiera que estudie la poesía latina de la época de Augusto, que los versos de Lucrecio se encuentran entonces en todas las memorias. Pero, al final del gran reinado, la reputación de Lucrecio declina. El cuidado exclusivo de la forma, el amor de lo lindo han invadido la literatura. Lucrecio es demasiado simple, demasiado grande; no se le lee más. El “Poema de la Naturaleza” es relegado entre los simples tratados de Física. Vitruvio, que pronuncia en algún lado el nombre de Lucrecio, no parece ver en él nada más que un físico, y algunos años más tarde Velleius Paterculus juntará los nombres de Lucrecio y de Varron. Encontramos el mismo acercamiento en Quintiliano; en otro pasaje, este autor califica a Lucrecio de “*difficilis*”.

Es probable, por otra parte, a juzgar por las expresiones muy vagas de que se vale, que Quintiliano no haya leído “*De Rerum Natura*”. Cuando dice que Lucrecio es un autor *difficilis*, expresa la opinión de su tiempo. Esto no es nada que deba sorprender: en las épocas de decadencia, la literatura y la ciencia se separan; se tacha de oscuridad y pesadez aquello que está fuertemente pensado. Lucrecio esperaba que sería mal juzgado:

(*) Se podría sobre todo señalar las imitaciones de Manilius, por ejemplo.

*Quoniam haec ratio plerumque videtur
Tristior esse quibus non est tractata...*

Es posible que Estacio haya comprendido y apreciado mejor a Lucrecio:

*Cedet musa rudis ferocis Ennii
Et docti furor arduus Lucreti.*

(*"Sylvas"*, II, 7-76.)

pero las expresiones de que se sirve son —uno tiene que confesarlo— demasiado vagas. Al final del primer siglo de nuestra era, Lucrecio no encuentra más lectores que entre los admiradores obstinados y generalmente poco iluminados de la literatura de los primeros tiempos: "Existen gentes —dice desdeñosamente Aper en el "Diálogo de los Oradores", que gustan más leer Lucilio que Horacio, Lucrecio que Virgilio". (Tácito, "Diálogo de los Oradores", 23.) A partir de ese momento Lucrecio es un autor semi-olvidado. En el gran combate que el Cristianismo libró con el Paganismo expirante, paganos y cristianos estuvieron de acuerdo en dejarlo de lado; los primeros no podían citar como uno de ellos a un poeta que se había levantado con tanta violencia contra los dioses del paganismo; los otros sentían vagamente lo que había de ofensivo para el mismo Cristianismo en la argumentación de Lucrecio. ¿No había excluido lo sobrenatural del universo, negado la intervención divina?

Es así que el poema de Lucrecio, muy leído y admirado al principio del reino de Augusto, cayó poco a poco en el olvido. Si se reflexiona, por otra parte, que este poema no estaba hecho para penetrar en las escuelas, se comprenderá que el número de manuscritos del "De Rerum Natura" haya sido muy restringido desde la antigüedad. Hacia fines del siglo VIII no había, es posible, en el mundo, más que un solo manuscrito de Lucrecio; estaba escrito con letras mayúsculas, las palabras no estaban separadas. (*)

(*) Es Lachmann, como lo hemos dicho otra vez, el que ha reconstituido

Ese manuscrito, mucho más correcto que los nuestros, se ha perdido hoy, pero se han debido hacer de él tres copias desde el siglo IX.

De esas tres copias, una ha llegado hasta nosotros; sería uno de los dos manuscritos de la biblioteca de Leyde (el *Leydensis I*, de otro modo llamado *Oblongus*), que es el mejor de los manuscritos de Lucrecio actualmente conocidos. De la segunda copia deriva el segundo manuscrito de la misma biblioteca. En fin, la tercera, o una copia, fué encontrada por Pogge en Alemania, y trasladada a Italia. Se ha perdido, pero ha dado lugar a los manuscritos italianos (*Italici*), de los cuales ocho están en la biblioteca Lorenzina de Florencia, seis en la del Vaticano, uno en Cambridge. De modo que de los manuscritos de Lucrecio, el mayor número data del Renacimiento; los dos manuscritos de Leyde y el perdido del cual los *Italici* son copias, se remontan a la Edad Media.

Esos tres manuscritos permanecieron hasta el Renacimiento, profundamente ignorados. Lucrecio es desconocido para los hombres de la Edad Media. Ninguna mención se hace de "De Rerum Natura" en la literatura italiana. En Francia se encuentra una referencia de Lucrecio en Honoré d'Antun (*), pero está probado que este autor tomó de Prisciano (**) el verso que cita.

Fué en el Renacimiento cuando se arrancó a Lucrecio del olvido. Hacia el año 1417, Pogge viaja por Alemania, descubre en un monasterio el manuscrito de "De Rerum Natura" y lo transporta a Italia. Landin lo felicita de haber devuelto a Lucrecio a sus conciudadanos:

*Et te, Lucreti, longo post tempore tandem
Civibus et patriae reddit habere suae.*

con el pensamiento el primitivo manuscrito. Esto parece datar de fines del siglo IV.

(*) Escritor eclesiástico, muerto hacia 1130.

(**) Gramático latino del siglo V.

Lucrecio era devuelto a los romanos, pero ¿en qué estado! Los copistas de la Edad Media, que no entendían gran cosa de la filosofía de Epicuro, lo habían singularmente desfigurado, y la primera edición, aquella de Ferendus de Brescia (1473), proporciona un texto de Lucrecio casi ininteligible. A esta edición sucedieron, en 1500, la edición Aldine, con comentario de Avancius de Verona, y en 1512, la edición Juntina, para la cual sirvieron las notas dejadas por el célebre Marullus, a la vez erudito, poeta y soldado.

Pero solamente después de la edición de Lambin (1564) es cuando Lucrecio puede ser poco a poco apreciado y comprendido. Dominado por una admiración profunda hacia Lucrecio, Lambin se propuso restaurar un texto desfigurado por los copistas de la Edad Media y del Renacimiento. Las correcciones que introdujo en el texto, en número de ochocientas, si hemos de darle crédito, son tan felices como podían serlo en una época en la cual la crítica de los textos era todavía un arte y no una ciencia, y su comentario explicativo ha quedado, hasta nuestros días, como la fuente principal de la interpretación de Lucrecio.

Desgraciadamente, sea que el bello trabajo de Lambin hubiese acobardado a los sabios, sea que la filosofía de los átomos repugnara a los espíritus, puede ser que por ambos motivos a la vez, Lucrecio fué totalmente abandonado durante el siguiente siglo. Encontró, es cierto, un discípulo en Gassendi, y puede ser que un admirador en Molière, que había emprendido, según se dice, una traducción de "De Rerum Natura", pero no se sabría tampoco comparar los trabajos citados, de Lambin, con aquellos de Bentley y de Creech (1695). El siglo XVIII aplaudió el materialismo de Lucrecio, sin comprender —puede ser— lo que había de grande y de bello en su poesía: cuando el Cardenal de Polignac (*) emprendió una refutación del ateísmo en versos latinos, creyó de su deber darle a su poema, muy elegante por otra parte, el nombre de "Anti-Lucrecio".

(*) Nacido en 1661, muerto en 1742. Su "Anti-Lucrecio", poema latino en nueve libros, no fué publicado sino después de su muerte, en 1747.

Una sola edición de Lucrecio, publicada en ese siglo, merece citarse, y es la de Wakefield, en 1796.

Al siglo XIX estaba reservada la tarea de restablecer, en lo que puede hacerse, el texto de Lucrecio, y de proporcionar a este autor la estimación, la admiración de los hombres, poco a poco perdidas para él, desde los últimos años del siglo de Augusto. Dos causas han conducido este renacimiento. Primero, las hipótesis científicas de nuestro tiempo, llamaron la atención sobre aquel que había presentado y adivinado algunas de esas teorías: se apercibieron entonces que Lucrecio era un gran poeta.

Por otra parte, el texto de Lucrecio ha sido como renovado por uno de los más destacados sabios de este siglo. Lachmann. Durante cinco años (1835-1840) este filólogo, dotado de un sentido crítico poco ordinario, profundamente versado en el conocimiento de la poesía latina, se consagró al estudio de Lucrecio; corrigió sistemáticamente el texto tradicional. Probó que nuestros manuscritos de Lucrecio provenían de un arquetipo único, y, gracias a un maravilloso esfuerzo de inducción, reconstruyó con el pensamiento el texto primitivo. Sus correcciones son muchas veces temerarias; a menudo le ha faltado gusto, pero ha abierto una era nueva para la crítica de Lucrecio, al mismo tiempo que ha fijado los fundamentos del estudio del viejo latín. Bernays (1852) siguió de muy cerca a Lachmann, y en 1864 M. Munro dió su bella edición de Lucrecio, menos audaz que la de Lachmann, y llena, también, de vistas originales. Es a esa edición a la que deben acudir aquellos que deseen conocer a Lucrecio, de otra manera que por medio de extractos. (*)

(*) No enumeramos —la lista sería demasiado larga— los trabajos publicados sobre Lucrecio desde la mitad del siglo. Citemos, en Francia, la bien conocida obra de Martha: "El Poema de Lucrecio".

V

LA LENGUA DE LUCRECIO

Frente a este capítulo el traductor pensó que, perteneciendo más bien a los dominios del lenguaje de Lucrecio, carecería de interés vertirlo al español, dado que el latín no se estudia en nuestra Universidad. No obstante, para conservar la continuidad del discurso bergsoniano, por fidelidad a tan bello estudio y a modo de ejemplo, para que se note cómo se profundiza en Europa en estudios clásicos, decidió hacerlo conocer con todo lo demás.

Algunos años solamente separan a Lucrecio de Virgilio y, no obstante, está lejos de hablar la misma lengua. Eso se debe a varias causas. Primeramente, Lucrecio tenía el gusto por el arcaísmo, y podía seguir esa inclinación sin escrúpulos, en una época en que la lengua aún no estaba fijada, en que los poetas se veían conducidos naturalmente hacia el arcaísmo por imitación de Ennio y de otros clásicos. Después, cuando haya en Roma una literatura oficial, muchas de las formas, abreviaturas sobre todo, serán consideradas como familiares y abandonadas al lenguaje de la conversación. Lucrecio no podría preverlo. Esas dos causas contribuyen a hacer difícil la lectura del poema y merecen ser estudiadas separadamente. (*)

(*) No señalamos aquí nada más que algunas particularidades del lenguaje de Lucrecio: aquellas que podrían obstaculizar a los alumnos.

LOS ARCAISMOS

DECLINACIONES

1.ª DECLINACION: *Genitivo en AI*

Lucrecio emplea frecuentemente el genitivo en *ai*. Se encuentran en su poema treinta y tres ejemplos de *animai*, cuarenta y uno de *materiali*, etc. La terminación en *ai* le place por su sonoridad; la coloca de preferencia al final de un verso, y, sobre todo, de una frase. Se encariña particularmente con palabras de alguna extensión; se obtiene entonces más amplitud en el verso: *Iphianassai*, *amicitiái*, *purpureái*, etc.

Ese genitivo en *ai* es, por otra parte, relativamente reciente. El genitivo primitivo era en *as* (familias, alias). Hacia el siglo VI de Roma, *as* se alargó en *ais* (Buecheler, "Resumen de la declinación latina"). La caída de la *s* originó *ai*, que se contrajo en *æ*.

2.ª DECLINACION: *Genitivo plural en OM, UM*

Se encuentra en Lucrecio *divom*, *squamigerum*, *deum*, *montivagum*, *consanguineum*, *graium*, *horriferum*, etc. No es necesario creer que sean contracciones. Primitivamente, el genitivo plural se formaba por el simple cambio de la terminación *os*, *us*, del nominativo singular en *om*, *um*. La ortografía *om* es la más antigua de las dos; se encuentra *Romanom* sobre medallas. Lucrecio no parece conservar esta ortografía sino cuando la *o* está precedida de una *u* o de una *v* (*). Es así que el genitivo plural de *divus* será *divom*; el de *deus*, *deum*.

Genitivo singular de las palabras en IUS, IUM

Este genitivo se hace siempre en *i* en Lucrecio: *stillicidi*

(*) Es una regla general, por otra parte, de ortografía, casi constantemente observada en los manuscritos de Lucrecio: *ævom*, *volgus*, *volpes*, etc.

(I, 313), *remigi* (VI, 743). Es la desinencia primitiva; en su origen, *ii* hacía contracción siempre en *i*. Más tarde, bajo el reinado de Augusto probablemente, los eruditos hicieron adoptar la terminación *ii*.

3.^a DECLINACION: *Acusativo singular en IM*

El acusativo en *im* es frecuente en Lucrecio: *puppim* (IV, 387), *febrim* (VI, 656), etc.

Nominativo y acusativo plurales

En los manuscritos de Lucrecio, las palabras de la tercera declinación, cuyo genitivo es en *iūm*, así como algunas otras, *majōr*, *dolor*, etc., hacen generalmente en *is* el acusativo y aún mismo el nominativo plural. Con todo eso, no está establecido que Lucrecio haya usado esta forma. (*)

Las inscripciones, únicos monumentos en que uno puede fiarse cuando se trata de ortografía, proporcionan *es* hasta la época imperial. La desinencia *is* no parece haber sido adoptada antes del siglo VIII en Roma; se encuentra mismo la forma *eis*, que debió servir de transición entre *es* y *is*. En consecuencia, sólo se encontrará la forma *es* en los extractos de Lucrecio; pero nadie debe asombrarse de encontrar la desinencia *is* en las ediciones eruditas que siguen a los manuscritos.

Ablativo

El ablativo primitivo era en *id*. La letra *d* cayó, la *i* se debilitó en *e*. Lucrecio conserva generalmente la desinencia en *i*. Dirá *colli* (II, 317), *luci* (IV, 233), y siempre *igni*.

4.^a DECLINACION: *Genitivo en I*

Lucrecio dice en varias repeticiones *geli* (V, 205; VI, 156, 530), y *arqui* (VI, 526). La terminación primitiva *uos*, que

(*) La desinencia *im* que se vuelve a hallar en *partim*, ¿es primitiva, o la terminación *em* es, por el contrario, anterior? Es un asunto discutido.

La primera opinión, generalmente adoptada, está defendida por Corssen. La segunda es sostenida por Buecheler.

debía contractarse en *us*, ha podido dar también *uis*. La *s* habría desaparecido, *ui* se habría contractado en *i*. Con todo, algunos piensan que existe ahí pura y simplemente una confusión entre la cuarta declinación y la primera. Se citan algunos ejemplos en el siglo VII de Roma; *senati*, entre otros.

5.ª DECLINACION: *Genitivo en ES*

Lucrecio proporciona un ejemplo de este genitivo, en un pasaje del Libro IV, que no citaremos (IV, 1075). Se trata del genitivo primitivo. La introducción de una *i* ha dado *eis*, que a su vez se transformó en *ei* por caída de la *s*.

Pronombres

Alius se declinaba primitivamente: *alii*, *aliac*, *alio*, etc. Se hallan ese genitivo (III, 916) y ese dativo (I, 681) en Lucrecio.

Lucrecio hace uso a menudo de otra forma: *alis*, neutro *alid*; genitivo, *alis*; dativo, *ali* (Libros I, 263, 407; VI, 1224, etc.). Estas palabras: *alis*, *alid*, *ali*, no son verosimilmente más que contracciones de *alius*, *aliud*, *alii*.

NOTAS. — I. Ciertas palabras, en particular los adjetivos, siguen alternativamente en Lucrecio dos declinaciones diferentes. Es así que dirá *sterilus* (Libro II, 845) y *sterilis* (IV, 1233), *sublimus* (I, 340) y *sublimis*, *hilarus* (II, 1122), *inermus* (V, 1290), *exanimus* (I, 774), etc. Las formas *sterilus*, *sublimus*, son formas arcaicas. Fué hacia el siglo VII de Roma cuando esas formas pasaron a la tercera declinación.

Por otra parte, se pueden citar nombres que afectan a su turno en Lucrecio dos formas distintas: *impetus* e *impes*, *itiner* e *iter*, *sanguis* y *sanguen*, *vires* y *vis*. Las formas *impes*, *itiner*, *vis*, eran ya inusitadas; Lucrecio no recurre a ellas sino por la medida.

II. Ciertos nombres ordinariamente masculinos, como *funis*, *finis*, *cinis*, son siempre femeninos en Lucrecio. En dos pasajes el acusativo "*avom*" es masculino (Libro II, 561; Libro III, 603).

CONJUGACIONES

Verbo ESSE

Lucrecio emplea, en un pasaje que no citamos (I. 619) *escit* por *erit*. *Esco* es un antiguo verbo que ha debido significar: "yo desearía ser".

En varias repeticiones (Libros II, 962, 1079; III, 101; V, 531), Lucrecio escribe *siet* por *sit*. Volvemos a encontrar ahí la traza de un antiguo optativo: *siem*, *sies*, *siet* (del griego).

Verbo POSSE

Lucrecio descompone muchas veces la palabra y escribe *potis est* (Libros I, 452; II, 1096; V, 1, etc.) en vez de *potest*. Hasta le ocurre que llega a omitir el auxiliar y decir simplemente *potis*, *pote* (Libro III, 1079). A veces también reúne las dos palabras sin hacer contracción: *potissit* (Libro V, 878) y sobre todo *potesse* (Libro II, 225, etc.).

Infinitivos pasivos o deponentes (*) en IER

Lucrecio estima particularmente estas formas verdaderamente arcaicas: *amarier*, *indignarier*, *explerier*, etc. No se está de acuerdo sobre el origen y la exacta naturaleza de este infinitivo. Según unos (Bopp emitió esta idea), *amarier* sería un antiguo verbo reflexivo. Se habría dicho primero *amare se*, *amarese*; a la *s* la sustituyó una *r*, en virtud de una conocida ley (*); se habría obtenido *amarere*, de donde sucesivamente *amareer*, *amarier*. Según otros autores, Schleicher en particular, la forma primitiva de *amarier* sería *ama-se fieri*, la palabra *fieri* o *fiere* siendo un antiguo locativo como *ruri* o *rure*. La letra *f* de *fieri* habría degenerado en simple aspiración (es así que *amafui* ha dado *amahui*, *amavi*) y habría quedado, después de la contracción, *amasiere*, *amariere*, *amarier*. Esta explicación

(*) *Deponente*: verbo latino que tiene la forma pasiva y el sentido activo.

(*) Que parece poco aplicable aquí: *amarese* daría más bien *amares* que *amarere*.

ha sido a su vez combatida, notablemente por Corssen, y es imposible formar una opinión definitiva sobre ese punto.

4.ª CONJUGACION: *Imperfecto en IBAM*

Esta forma, muy ordinaria en Lucrecio (*punibat*, Libro VI, 1238), *scibat* (Libro V, 934), *accibat* (Libro V, 996, etc.), no resulta, como podría creerse, de una contracción; es, por el contrario, la más antigua.

El imperfecto *iebam* ha sido formado en seguida por analogía con el imperfecto de la tercera conjugación, según la opinión de Corssen.

Adverbios

Lucrecio emplea repetidamente adverbios que se encuentran solamente en él, sobre todo adverbios en *ter* y en *tim*.

Algunos de entre ellos puede ser que sean de su invención; pero hay entre ellos con seguridad, algunos muy antiguos. Citemos, por ejemplo, *noenu* por *non* (Libro III, 199; Libro IV, 710). La forma primitiva de *non* era *noinom*, de donde *noenum* o *noenu*, y, en fin, *non*.

Preposiciones

I.—La preposición *in* es reemplazada por Lucrecio, sobre todo en composición, por *indu*. Dirá *indu manu*, en vez de *in manu* (II, 1096), y sobre todo *indugredi* (I, 82), *indupedire* (I, 240), *induperatur* (IV, 964), etc.

Es la forma primitiva *endo* (del griego), que ha dado sucesivamente *indo*, *indu*, en fin, *in*. Se vuelve a hallar la forma *indu* en los compuestos *industrius*, *indigena*, etc.

NOTA. — Varios verbos siguen en Lucrecio, indiferentemente la primera y la tercera conjugaciones; es así que ofrece ejemplos de *sonere* (Libro III, versos 156, 872), *lavere* (Libro V, 950). Esos son antiguos verbos que han cedido algunos de sus tiempos a *sonare*, y a *lavare* (*lautum* por *lavitum*, *sonitum*, etc.).

Ciertos verbos, como *stridere*, *fulgere*, que siguen generalmente la segunda conjugación, siguen igualmente la tercera en Lucrecio.

II.—*Supera* se vuelve a hallar muchas veces en Lucrecio (Libro V, 326; Libro VI, 61, etc.), en vez de *supra*.

La forma primitiva de *supra* era *superad* o *supera* (*sub-ent, parte*). Por contracción se ha obtenido *suprad*, de donde *supra*.

LAS ABREVIACIONES DE LUCRECIO

En la conversación, la rapidez del discurso hace que las vocales caigan, que las consonantes desaparezcan, que las sílabas se contraigan. Estas abreviaciones, que serán apenas admitidas algunos años más tarde en la lengua literaria, son frecuentes en Lucrecio.

I.—SUPRESION DE VOCALES. — Entre las consonantes *c* y *l*, Lucrecio suprime la vocal *u*. Ejemplos: *gubernaculum* (IV, 902), *periculum* (II, 15), *vinculum* (III, 597), etc.

La vocal *i* cae a menudo, sobre todo en *positus* y sus compuestos. Lucrecio dirá *dispostus*, *impostus*, etc. Lo mismo, la supresión de la *i* en *subripere* le dará *subrpere* o *surpere* (II, 314).

La abreviación es sobre todo notable en el perfecto y en los tiempos que derivan. La caída de la *i* conduce entonces casi invariablemente la desaparición de ciertas consonantes duras al oído. Es así que para *confluxisset* Lucrecio dice *confluxet* (Libro I, 987); igualmente *abstraxe* (III, 648) por *abstraxisse*, *consumpse* (I, 233) por *consumpsisse*. Sin embargo, algunos consideran esas formas, no como contracciones, sino como restos de un pluscuamperfecto arcaico obtenido agregando *sem* al radical. Es cierto que no necesitaría tomar por contracciones *ausim* (II, 178) y *cohibessit*, (*) porque existe un subjuntivo arcaico formado por la adición de *sim* al radical. *Ausim* es para *audsim*, como *faxis* para *fac-sis*, etc.

II.—CONTRACCIONES. — En la tercera persona del perfecto de indicativo, *avit* e *ivit* se contraen a menudo en Lucrecio en *at*, *it*: *invitat* (I, 10), *disturbat* (VI, 587), *redit* (III, 500), etc.

III.—La elisión de la *h* entre dos vocales, es frecuente

(*) Libro III, 444. *Cohibessit* no es en este pasaje nada más que una conjetura de Lachmann.

en los mismos clásicos (*veniens* por *vehemens*). Lucrecio dirá *probeat* (I, 977) por *prohibeat*.

A los que deseen ahondar los estudios clásicos y especialmente en el lenguaje de Lucrecio, recomendamos las ediciones "*Les Belles Lettres*", de la Colección Guillermo Budé (Paris, Bul. Raspail, 45). Se han publicado últimamente tres volúmenes sobre Lucrecio, con noticias, traducciones y comentarios de los Sres. Ernout y Robin. — Al mismo tiempo ha aparecido una edición de "*De Rerum Natura*", sumamente erudita, debida a M. A. Ernout, 1926. También allí encontrarán abundante bibliografía. — (NOTA-DEL TRADUCTOR.)

T. LUCRETI CARI

«De rerum natura libri sex»

Sumarios con los que encabeza Bergson cada uno de los seis libros de Lucrecio. — Comentarios, explicaciones y críticas de los fragmentos seleccionados en cada libro.

LIBRO I

SUMARIO

Invocación a Venus. — Objeto del poema: Lucrecio, para librar al alma humana, asediada por vanas supersticiones, va a enseñar que todo se explica en la Naturaleza sin la intervención de los dioses. — No se oculta las dificultades de la obra; además, va a empezar por la parte más árida, la exposición de los principios fundamentales de la física epicúrea. Primer principio: nada viene de la nada, nada se extingue; segundo principio: los cuerpos se componen de dos elementos, los átomos y el vacío; tercer principio: fuera de los átomos y el vacío, no existe nada. — Es en vano que opiniones contrarias hayan sido sostenidas por Heráclito, Empédocles, los jonios en general y Anaxágoras. — El poeta, después de haber refutado a esos filósofos, manifiesta su alegría y su entusiasmo, y nos traza un cuadro magnífico de la inmensidad del Universo.

I.—INVOCACION A VENUS.

Es la iniciación del poema. En el instante en que escribe Lucrecio, Roma está dominada por la guerra civil. Venus, que ejerce influencia sobre Marte, puede ser que obtenga de él la paz, necesaria a los estudios filosóficos. En este elogio a Venus, Lucrecio ha podido inspirarse en Empédocles; pero no debería olvidarse que, para Empédocles, la *Discordia* era una fuente de vida, tanto como el Amor:

sin contar que el Amor y la *Discordia* eran más bien fuerzas físicas para él, principios de unión y separación, y no divinidades personales.

Lucrecio, que no cree en la intervención de los dioses en el mundo, los invoca sin embargo más de una vez, sabiendo muy bien que no se debe ver en sus plegarias otra cosa que un simple desarrollo poético.

INVOCACION A VENUS

*Madre de los latinos, alma Venus,
¡oh placer de los hombres y los dioses,
que bajo las estrellas fugitivas
das asiento en el mar a los navíos
y abres surco en la tierra a la simientel
Porque todo se engendra de tu mano
para cantarte amor. Y las tinieblas
huyen tu luminoso advenimiento,
y a tu paso la tierra se te ofrece
brotando suaves flores, y las aguas
sonríen para ti, mientras el cielo
en la quietud clarísima se funde.
Florece en torno ya la primavera,
el aura se encendió, mira las aves
cómo primero, diosa, te lo anuncian
en regocijo tuyo estremecidas.
Los sueltos animales, ¡cómo saltan
por los campos en flor y por los ríos
que cruzan al correr! Tan deseosa
va la Naturaleza tras tu halago;
llévala donde quieras, que te sigue.
Y por mares y montes y torrentes,
y en los prados jugosos, y en las selvas,
albergue de los pájaros, agitas
el amor en los pechos, blandas ansias
de propagar la especie despertando.*

**

*Y ya que sin ayuda tú gobiernas
a la Naturaleza, y que los seres
a la divina luz por ti se asoman,*

*dichosos de latir, ¡oh madre Venus,
levanta mi canción hasta la vida,
numen de gracia, tú, diosa potente!
Reposen entretanto, adormecidos,
los combates del mar y de la tierra.
Tú sólo agradar puedes en tranquila
quietud a los mortales, y el imperio
del poderoso Marte se te rinde,
cuando a veces le apresta tu regazo
y de amores herido le somete.
Y reclinando la redonda testa
en tu seno, deidad, vuelta a la tuya,
se apacienta de amor, y con los ojos
ávidos de gozar te pide un beso.
¡Ah, cuando así le tienes, noble diosa,
sobre tu cuerpo santo embebecido,
muéstrate en el dulzor de las palabras
a su placer solícita, pidiendo
una paz favorable a los romanos
que tranquilo me deje celebrarte.*

(Versión de Leopoldo Eulogio Palacios. -- 1935.)

II.—OBJETO DEL POEMA: LIBRAR AL HOMBRE DE LA SUPERSTICION A FIN DE QUE VIVA TRANQUILO.

La invocación a Venus se continúa con la introducción propiamente dicha. ¿Cómo Lucrecio ha sido conducido a escribirla? Es por el deseo de restablecer la calma en el alma humana, a la que turban las vanas supersticiones. La religión, culpable de muchos crímenes (80-101), nos entretiene en un temor continuo de la muerte (101-111).

Epicuro, explicando científicamente las cosas, ha liberado a la humanidad (62-80).

III. — LUCRECIO PASA A EXPONER EN LATIN LAS TEORIAS DE EPICURO; NO DISIMULARA LAS DIFICULTADES DE LA TAREA.

IV.—PRINCIPIO GENERAL DEL SISTEMA; NADA NACE DE LA NADA, NADA SE EXTINGUE.

Es el principio de toda física científica, ya puesta a luz por el genio de Demócrito. Hacer intervenir lo sobrenatural, es admitir que alguna cosa puede producirse allá donde no había nada. Por el contrario, existe una explicación *científica* cuando se muestra en un fenómeno dado, la simple transformación de uno o varios fenómenos anteriores.

1.º — *Nada viene de la nada.* — La demostración que da Lucrecio es notable. Lo que prueba que nada sale de la nada, es que se necesita, para producir una cosa, un germen determinado (versos 159-173), determinadas condiciones (174-179) y un determinado tiempo (179-214).

2.º — *Nada se extingue.* — Desde que, para destruir un objeto dado, se necesita una fuerza determinada, es porque la destrucción no es sino una simple separación de las partes (versos 215-224, 238-248). Estas partículas, esos elementos servirán para formar nuevos objetos (versos 225-237, 250-264).

V.—PRIMER ELEMENTO DE LAS COSAS: LOS ATOMOS.

Si nada viene de la nada, si nada se extingue, se debe a que la materia está compuesta de elementos eternos e indestructibles. ¿Cuáles son esos elementos? Partículas indivisibles, invisibles, que Leucipo y Demócrito han llamado *átomos*. Lucrecio nos indicará más tarde las propiedades de los átomos; aquí se limita a señalar la posibilidad de

su existencia. El vulgo se resiste a creer en ellos, porque no comprende sino aquello que ve y toca. Pero muchas cosas muy reales escapan a nuestros sentidos. Lucrecio acumula poéticamente los ejemplos (versos 271-328).

La teoría de los átomos, una de las más bellas creaciones del genio antiguo, es admitida hoy en Química como la mejor explicación de las leyes fundamentales de esta ciencia, en particular la *ley de las proporciones definidas* de Proust y la *ley de las proporciones múltiples* de Dalton. (Ver nuestra Introducción: "La Física de Lucrecio".)

VI.—SEGUNDO ELEMENTO DE LAS COSAS: EL VACÍO.

Si los cuerpos son combinaciones de átomos, y si estos átomos son diferentes unos de otros, es necesario que intervalos vacíos los separen. La existencia de los átomos trae como consecuencia la del vacío. Los argumentos de Lucrecio son bastante pueriles; sin el vacío, dice, tanto el movimiento como el crecimiento serían imposibles; los cuerpos serían impenetrables, su densidad sería uniforme, etc.

La cuestión del vacío ha preocupado vivamente a los filósofos, desde Leucipo a Leibniz. La ciencia actual parece llegar a esta conclusión: el vacío es siempre *relativo*, estando los mismos espacios intersidiales llenos de una materia infinitamente sutil, capaz de transmitir el calor y la luz: *el éter*.

VII.—FUERA DE LOS ÁTOMOS Y EL VACÍO, NADA EXISTE.

Porque la razón no puede concebir un tercer elemento. Tomad un objeto cualquiera: o puede ser tocado, y en ese caso es un cuerpo, un compuesto de átomos; o no puede ser tocado, y se tratará del vacío. Las cosas que nos parecen existir realmente y que no son ni la materia ni el vacío (el *tiempo*, las *cualidades* de los cuerpos), se redu-

cen, en último análisis, a simples propiedades de los átomos o de grupos de átomos.

No hay necesidad de mostrar el vicio de tal razonamiento. Lucrecio admite sin demostración que lo que no es tangible no existe en sí mismo; es decir, en definitiva, que toda realidad es material.

VIII.—REFUTACION DE LAS TEORIAS ADVERSAS. HERACLITO Y EMPEDOCLES.

Lucrecio ha expuesto y demostrado, como acaba de verse, los principios fundamentales de su doctrina. Va a completar esta demostración refutando las otras teorías filosóficas, en particular las de Heráclito, Empédocles y Anaxágoras. Dejaremos de lado a este último.

Heráclito hace derivar todo de un elemento primitivo, el fuego. Es absurdo, porque o bien el fuego en cuestión ha quedado en lo que era, y no se explica la infinita variedad de las cosas; o bien ese fuego se ha *transformado* verdaderamente, en cuyo caso debió por lo tanto extinguirse, y si es así, las cosas han nacido de la nada.

Empédocles hace derivar las cosas de cuatro elementos. A pesar de su genio, no se apercibió: 1.º, que existe el vacío en el universo; 2.º, que existe un límite en la divisibilidad de la materia.

Esta refutación está lejos de ser imparcial. Lucrecio, como va a verse, desconoce la verdadera naturaleza del fuego de Heráclito, y le reprocha simplemente a Empédocles no haber profesado la doctrina de los átomos.

IX.—ENTUSIASMO DEL POETA POR SU OBRA.

Después de haber expuesto los grandes principios de la doctrina de Epicuro, después de haber examinado los sistemas de Heráclito, Empédocles y Anaxágoras, Lucrecio, maravillado ante sí mismo por la facilidad con que ha

vencido estas discusiones áridas, manifiesta ingenuamente su alegría y su orgullo. Es la verdadera terminación del Libro I, bien que ese trozo se encuentre seguido por bellísimas consideraciones sobre la grandeza del Universo.

LIBRO II

SUMARIO

Introducción. — Solamente la filosofía puede hacernos felices. — El poeta va a describirnos en este libro: 1.º, los movimientos de los átomos; 2.º, sus propiedades. — **I. Movimiento de los átomos.** — La duración de este movimiento es eterna, su velocidad es inmensa. — En cuanto a su dirección, está determinada por la pesantez, salvo en el caso donde, por efecto de un capricho, el átomo se desvía. Esta desviación hace que sea posible la libertad del hombre. — **II. Propiedades de los átomos.** — Difieren por la forma y la posición. — El número de las formas es limitado, pero a cada una de ellas corresponde un número ilimitado de átomos. — Las "cualidades" diversas de los cuerpos se deben a las diferentes combinaciones de los átomos entre sí. — La tierra, que los contiene en número muy grande, se nos aparece como la madre de todas las cosas. — El poeta es conducido así a hacer un elogio a Cibeles, y a la descripción de las operaciones puramente mecánicas por medio de las cuales la tierra ha engendrado los seres vivos. — **Conclusión:** el Universo puede prescindir de los dioses; no existe la Providencia; el mundo en que vivimos perecerá como todo lo demás.

I. — INTRODUCCION. -- SOLAMENTE LA FILOSOFIA PUEDE HACERNOS FELICES.

Cada uno de los libros del poema se inicia con el desarrollo de un lugar común sobre la filosofía en general o sobre la empresa de Lucrecio en particular. Al principio

del Libro II, Lucrecio ha colocado el magnífico elogio de la filosofía. Muy verosimilmente se inspira aquí en Epicuro, que relacionaba la virtud con la búsqueda del placer, hacía consistir al mismo placer, en la tranquilidad del alma, privilegio del sabio.

II.—EL MOVIMIENTO DE LOS ATOMOS: SU ETERNIDAD

Lucrecio ha enumerado en su Libro I los los elementos constitutivos de las cosas. Entretanto, ahora nos va a exponer: 1.°, en virtud de qué movimientos; 2.°, gracias a qué propiedades, esos elementos se acercan entre sí para formar los seres, inanimados o vivos. El movimiento de los átomos es eterno (versos 63, 95). Lanzados a través del vacío, sea por su propio peso, sea por el choque de los otros átomos, andan errantes, hasta que el azar los aglomera. Entre ellos hay algunos que llegan a adherirse fuertemente entre sí; forman así los más duros cuerpos. Otros, más movibles, dejan entre ellos grandes intervalos y constituyen los cuerpos menos densos, como el aire y la luz (versos 95 a 100). En fin, existen algunos que no han podido formar ninguna ensambladura; esos se agitan inútilmente en el espacio, como las partículas de polvo que ilumina en su pasaje un rayo de sol al penetrar en una cámara oscura (versos 110-125).

III.—EL MOVIMIENTO DE LOS ATOMOS: SU VELOCIDAD

La velocidad de los átomos es inmensa. Desde que el sol se eleva, su luz nos llega y, sin embargo, sus rayos no atraviesan el vacío absoluto. ¿Cuál no será la velocidad de los átomos, ya que ningún obstáculo la detiene?

Lucrecio no se da cuenta de que el sol se levanta, para nosotros, cuando lo apercibimos en el horizonte, y no lo apercibimos en el horizonte sino cuando sus rayos han llegado a nuestra retina. Es entonces natural que los rayos

nos lleguen al mismo tiempo que la imagen, puesto que la imagen nos es traída por dichos rayos.

IV.—EL MOVIMIENTO DE LOS ATOMOS: SU DIRECCION NATURAL.

Los átomos *caen* naturalmente en el vacío. En virtud de su peso, tienden hacia *abajo*, como todos los cuerpos que apercibimos. Es cierto que algunos objetos parecen levantarse por sí mismos en los aires; pero eso ocurre siempre bajo la influencia de alguna fuerza exterior. La observación es aproximadamente justa; pero la definición precisa de *alto y bajo*, apenas era posible antes del descubrimiento de las leyes de atracción.

V.—EL MOVIMIENTO DE LOS ATOMOS: SU DESVIACION

Abandonados a su movimiento natural, los átomos caerían con iguales velocidades, y por consecuencia, jamás se encontrarían. También Epicuro les atribuye una ligera desviación, de tiempo en tiempo. Desviación ligera, imperceptible, caprichosa, que Lucrecio llama *clinamen*. Gracias a esta desviación, el encuentro de los átomos se hace posible.

Este agregado a la doctrina de Demócrito, es pueril, indigna de ese gran filósofo. Epicuro, que se cuidaba poco de la física, no habría ciertamente inventado el *clinamen*, si no hubiera sentido necesidad de establecer la libertad del hombre. El alma no es, en efecto, sino un conjunto de átomos; si los átomos estuviesen sometidos, por toda la eternidad, a un movimiento invariable y fatal, nuestra alma también lo estaría y no habría libertad para nosotros. Gracias al *clinamen*, los átomos están dotados de una verdadera iniciativa y nuestra alma, por consecuencia, goza de una especie de libertad.

VI.—EL MOVIMIENTO DE LOS ATOMOS; POR QUE ES INVISIBLE.

Los átomos se mueven eternamente, y no obstante el universo parece inmóvil. Eso no debe asombrar. Lucrecio va a demostrar que los elementos de un todo pueden moverse, y el todo, sin embargo, parecer inmóvil.

VII.—DIVERSIDAD DE LOS ATOMOS; NO HAY EN EL UNIVERSO DOS SERES QUE SE ASEMEJEN.

El poeta, después de haber descrito el *movimiento* de los átomos, enumera las cualidades: ellas se reducen a dos: la *forma* y la *posición*.

El número de las formas es limitado; pero a cada una de esas formas corresponde un número ilimitado de átomos idénticos. La diversidad de los objetos que hieren nuestros sentidos es debida a la variedad de los átomos que los constituyen. No existen, en el universo, dos combinaciones de átomos absolutamente idénticas; no hay, pues, dos seres que se asemejen totalmente.

VIII.—DIVERSIDAD DE LOS ATOMOS: ELOGIO DE LA TIERRA, QUE CONTIENE LA MAYOR VARIEDAD. — MITO DE CIBELES.

A cada nueva combinación de átomos corresponde un objeto nuevo, o una nueva calidad. Si la tierra es fecunda en producciones de todas clases, es porque contiene un grandísimo número de átomos diversos. Los antiguos poetas griegos la han personificado; de ella han hecho a Cibeles, madre de los dioses. Es una fábula que debe conservarse a condición de no olvidar que la tierra es una materia inerte, más fecunda, porque contiene más *cantidad* de átomos (versos 586-643).

Lucrecio aprovecha la ocasión para excluir a los dioses de la naturaleza. Sin duda, los dioses existen, y son in-

mortales, pero ellos no intervienen en el mundo (versos 644-660).

Se le ha hecho el reproche de hipocresía a Lucrecio. Se le ha dicho que la existencia de esos dioses inmortales e inactivos, era incompatible con la doctrina de los átomos y que se trataba de una concesión al prejuicio popular. No es eso. Es necesario no olvidar que todo conocimiento para Epicuro, toda idea, se reduce a una simple imagen material, emanación del cuerpo externo. Si nosotros tenemos la *idea* de los dioses, es necesario que los dioses existan en alguna parte, desde donde nos envían su imagen.

IX. — EL NUMERO DE LOS ATOMOS ES INFINITO. — PLURALIDAD DE LOS MUNDOS.

El mundo en el que vivimos es una combinación fortuita de átomos. No existe razón alguna para que sea la única.

X.—RESULTADO DE LA DOCTRINA DE LOS ATOMOS: EL UNIVERSO PUEDE PRESCINDIR DE LOS DIOS.

Lucrecio, desde los primeros versos, nos ha anunciado el objeto principal de su poema. Quiere liberrar de la superstición a la humanidad. Demostrando que en el universo todo se explica por combinaciones de átomos, por un encadenamiento mecánico de causas y de efectos, se pone en claro esta verdad esencial, de que los dioses no intervienen para nada en las cosas de aquí abajo y que sería pueril temerlos.

Era natural entonces que el poeta, después de haber descripto la naturaleza y las propiedades de los átomos, concluyera con los versos siguientes:

“ Conocidas estas verdades y bien poseldas por ti, en seguida la Naturaleza te parecerá libre, exenta de amos orgullosos, todo llevado a cabo por sí misma, espontáneamente y sin restricciones, sin la participación de los dioses. Porque —y yo coloco por testigos a los corazones sagrados

de los dioses, colmados de una inalterable paz, que llevan una vida sin sombras y días sin nubes, ¿quién podría dominar con mano firme las fuertes riendas capaces de gobernar el infinito? ¿Quién podría hacer girar de acuerdo todos los cielos, los fuegos del éter de todas las fertilizadas tierras, en todos los sitios, en todo tiempo, estando siempre dispuesto para forjar las tinieblas con las nubes, para estremecer con el trueno los serenos espacios del cielo, arrojar el rayo, derrumbar a veces sus propios templos, y, retirándose a los desiertos, ejercitarse allí en lanzar furiosamente ese signo que amenudo pasa al costado de los culpables y va, llevando un inmerecido castigo, a privar de la vida a los inocentes?"

XI.—RESULTADO DE LA DOCTRINA DE LOS ATOMOS. EL MUNDO EN QUE VIVIMOS PERECERA COMO TODO LO DEMAS.

Si los dioses no intervienen en el universo, si no existe la *Providencia*, no existen razones para que el mundo que habitamos escape a la ley común.

Según esto, vemos que todos los seres vivos crecen al principio y se debilitan después. Ocurrirá lo mismo con la tierra, nuestra madre común. Después de haber producido todas las especies vivas, empieza a agotarse; caerá un día deshecha en polvo.

Se ha podido aprehender que Lucrecio, de acuerdo en eso con Epicuro, razona a menudo por analogía. Aquí asemeja a la tierra con un ser vivo. Si el calor fuese, como lo quieren ciertos fisiólogos, el agente principal de la vida, y si es cierto que la tierra iría siempre enfriándose, Lucrecio tendría casi razón. Pero esos no son hechos que estén científicamente establecidos todavía.

LIBRO III

SUMARIO

Elogio de Epicuro. — Nos ha enseñado a no temer a los dioses ni a la muerte. — El temor del infierno es, en efecto, el origen de todos nuestros males. — Para libertar al hombre de esos vanos terrores, es necesario demostrarle que el alma

es de la misma naturaleza que el cuerpo y muere con él. — Esta demostración comprenderá varias partes: 1.º) El principio de la vida ("ánima") y el principio del pensamiento ("ánimus") son idénticos. Es la misma "alma" que piensa y siente. — 2.º) Esta alma es corporal. Se compone, en efecto, de átomos análogos a los del cuerpo propiamente dicho, pero más sutiles. — 3.º) Sufre el mismo destino que el cuerpo, del cual sigue todas las vicisitudes. La correspondencia del alma y del cuerpo en todas las edades, la enfermedad, la embriaguez, etc., lo prueban abundantemente. — Conclusión: el alma perece con el cuerpo; el temor de los hombres es pueril; no existe el infierno; los mitos son puras alegorías. — Sostenidos por la ciencia, esperemos, sin agitación inútil, una muerte inevitable.

I.—ELOGIO DE EPICURO. — NOS HA ENSEÑADO A NO TEMER A LOS DIOS NI A LA MUERTE.

El poeta nos ha enseñado en sus primeros libros, que los dioses no intervienen para nada en el universo.

Esperando que vuelva a tomar esta demostración, va a probar, en el Libro III, que los dioses no se preocupan más del porvenir de nuestras almas que de la naturaleza de las cosas. Fué Epicuro el que aclaró estas grandes verdades.

II.—EL TEMOR DE LA MUERTE ES, EN EFECTO, EL ORIGEN DE TODOS NUESTROS MALES.

Porque tenemos miedo de la muerte y los infiernos, preferimos la vida a todo, mismo al honor. Libertándonos de ese temor, Epicuro nos hará mejores y más felices.

Se ha contestado a Epicuro, no sin razón, que si el amor de la vida ha sido la causa de ciertos crímenes, la certidumbre de la impunidad haría cometer más crímenes todavía.

III.—EL ALMA NO ES MAS QUE MATERIA.—PRUEBAS TOMADAS DE LAS RELACIONES DEL ALMA Y DEL CUERPO: LAS DIVERSAS EDADES, LA ENFERMEDAD DE EMBRIAGUEZ, LA EPILEPSIA.

Para probar que el alma está sujeta a la muerte, Lucrecio va a demostrar que está compuesta de átomos sutiles, esparcidos a través del cuerpo, y que es material, por consecuencia, como el mismo cuerpo. Si no, ¿cómo obraría sobre el cuerpo? Dos cosas no actúan una sobre la otra, sino cuando se tocan, y ellas se tocan sólo siendo materiales. Inversamente, ¿cómo se explicaría la influencia del cuerpo sobre el alma en la enfermedad y en la embriaguez, el desarrollo paralelo del alma y del cuerpo en los períodos diversos de la vida, etc.?

Lucrecio admite aquí, como hacen, por otra parte, los demás materialistas, que toda influencia resulta de un contacto.

IV.—EL ALMA NO PUEDE TRASLADARSE DE UN CUERPO A OTRO.

Lucrecio cree haber demostrado que existe identidad absoluta entre el cuerpo y el alma. Pero ¿no podría decir uno entonces que el alma se transporta después de la muerte, como las moléculas del cuerpo propiamente dicho, a nuevos seres? Suponiendo que así fuese, el alma ha debido descomponerse, como el mismo cuerpo; está, por consecuencia, bien muerta.

V.—CONCLUSION: EL ALMA PERECE CON EL CUERPO; TEMORES PUERILES DE LOS HOMBRES.

Ya que el alma es material y se descompone con el cuerpo que la contiene, ¿por qué temer a la muerte? La muerte es el final de todo; si ella nos quita bienes, nos ahorra el

disgusto que por ello podríamos tener. Por no estar bien compenetrados con esas ideas, muchos de entre nosotros temen morir. Puede ser que sin darse cuenta bien, prolonguen más allá de la misma muerte la facultad que tienen de sentir.

Lucrecio no ha destruido la creencia en la inmortalidad del alma, más fuerte que los razonamientos filosóficos. Pero ha aprisionado admirablemente uno de los principios de esa tendencia instintiva de todo ser vivo, de prolongarse indefinidamente en el tiempo.

VI.—NO EXISTE EL TARTARO. — LOS MITOS SON ALEGORIAS.

La muerte es el final de todo y no existen ni infiernos ni Tártaro. La roca de Sisifo, el buitре de Tityos, el tonel de las Danaides, y lo que se cuenta de Cerbero y las Furias, son tantas fábulas de las cuales es fácil encontrar el origen. Por esas diversas alegorías, en efecto, se ha querido simplemente representar el alma humana, atormentada durante esta vida por los vanos terrores y las culpables pasiones, de las cuales ella es el engaño o la víctima.

Lucrecio no ha sido el primero en interpretar los mitos y en considerarlos como alegorías. Ya Anaxágoras pretendía encontrar en las fábulas de la *Iliada* y la *Odisea* la expresión alegórica de ciertas verdades físicas o morales.

El combate de los dioses (*Iliada*, XX) no era más que la guerra de las virtudes y los vicios. Este sistema de interpretación, adoptado por los estoicos, vuelto a tomar y desarrollado en nuestro tiempo por Creuzer, casi ha desaparecido ante los recientes descubrimientos de la mitología comparada. (Ver Bréal: "*Hércules y Caco*".)

VII.—LA MUERTE ES INEVITABLE: ¿PARA QUE AGITARSE INUTILMENTE?

La conclusión de este libro es de una profunda melancolía. ¿Para qué afligirse ante la muerte? La vida, ¿no es

otra cosa que un movimiento en el mismo sitio, un deseo siempre insatisfecho? Se podría señalar más de una analogía entre este hermoso pasaje de Lucrecio y el Eclesiastés. El punto de partida es el mismo: la vanidad de las preocupaciones humanas. Pero también se notará la diferencia entre la idea pagana y la idea judía. Mientras que Lucrecio hace una excepción a favor de la ciencia, sola cosa eterna, el Eclesiastés coloca a la ciencia en el número de las vanidades y concluye en el amor de Dios. Comparad, en efecto, los versos 1070 y siguientes, con los últimos versículos del Eclesiastés: "No hay por qué proponerse por fin hacer muchos libros, y tanto estudio no es más que fatiga que uno se se da; teme a Dios, y guarda los mandamientos: eso es el todo para el hombre."

Versos 1070 y siguientes de Lucrecio:

"Es así que cada uno busca huir de sí mismo; pero, muchas veces incapaz de escapar, se ve a sí mismo quedar unido, a pesar de todo, a lo que más detesta, porque, enfermo, no alcanza a apresar la causa de su mal. Si se juzga bien, dejando de lado cualquier otro objeto, cada cual se dedicaría, ante todo, a estudiar la naturaleza de las cosas; porque es la eternidad lo que está en juego y no una sola hora; esa eternidad en la cual los mortales tendrán que pasar todo el tiempo que transcurrirá después de la muerte."

LIBRO IV

SUMARIO

El poeta va a describir el nacimiento de las ideas, como ha descrito y describirá el nacimiento de las cosas. — De cada objeto se desprenden imágenes, "simulacros", que vienen a herir nuestros sentidos. — La sutilidad de esas partículas es extrema; vienen de todas partes, y se mueven con una inconcebible rapidez. — ¿Hieren nuestros ojos? — Entonces dan lugar a las percepciones de la vista, siempre verdaderas, puesto que son las imágenes mismas de las cosas. — Si la vista, y los sentidos en general, son fuentes de ilusiones, no es porque ellos se equivoquen: nos equivocamos nosotros, al

interpretar mal los datos que los sentidos nos proporcionan. Las percepciones de sonido, de olor, de sabor, se producen como las de la vista: se explican mecánicamente, sin que haya necesidad de suponer en la naturaleza una intención o un plan. El mismo instinto de los animales no prueba nada. — La teoría de los “simulacros”, que rinde cuenta de las percepciones, explicará también las ilusiones del ensueño y del amor. — El poeta es llevado así a tratar del amor en general y del matrimonio. — Es la conclusión del libro.

I. — DE CADA OBJETO SE DESPRENDEN IMAGENES QUE VIENEN A HERIR NUESTROS SENTIDOS.

Lucrecio ha tratado de establecer, en el libro precedente, que el alma y que la inteligencia son materiales. Si es así, ¿cómo explicar el mecanismo del “conocimiento”? Percibimos los objetos que nos rodean; ellos nos proporcionan las ideas. ¿Las ideas son materiales también? Lucrecio así querría demostrar. Cada cuerpo desprende, dice, “simulacros”, imágenes reducidas de sí mismo, que vienen a herir nuestros sentidos, y producen así las sensaciones y las ideas. La idea de objeto no es así nada más que el objeto mismo en miniatura.

No se necesita hacer resaltar la falsedad de esta teoría, desde hace mucho tiempo abandonada por los mismos materialistas. De la misma manera que la sensación es originada por partículas que se desprenden de los cuerpos (como ocurre, por ejemplo, con la sensación de *olor*), la sensación se distingue de las partículas, como el efecto se distingue de la causa.

II.—ESAS IMAGENES SE MUEVEN CON UNA INCONCEBIBLE RAPIDEZ.

Versos 175 y siguientes del Libro IV:

“Sabed, entretanto, cuál es la velocidad de esos “simulacros”, con qué movilidad se desplazan a través de los aires, a punto de vencer en breves

instantes largos espacios, cualquiera que sea el fin hacia el cual los conducen sus inclinaciones diversas. Voy a exponerlo en más armoniosos que abundantes versos; así el canto brevísimo del cisne es superior en belleza a los gritos lanzados por las grullas en las etéreas nubes que el Austro nos trae."

"Por lo pronto, los cuerpos ligeros y compuestos de menudas partes son generalmente rápidos, como es fácil constatarlo. De ese número son, por ejemplo, la luz y el calor del sol, porque están formados por elementos sutiles que, empujándose entre sí, no vacilan en atravesar las regiones del aire bajo el impulso de esos sucesivos choques."

III.—RESULTADOS DE ESTA TEORIA.—LOS SENTIDOS NOS DICEN SIEMPRE LA VERDAD. — ILUSIONES DE LA VISTA: NO ES EL OJO QUIEN SE EQUIVOCA: ES EL ESPIRITU.

Si las percepciones de los sentidos son producidas por las imágenes mismas de los cuerpos viniendo a herir nuestros sentidos, nunca podrán ser falsas o ilusorias.

¿De dónde resulta entonces que nuestros sentidos, sobre todo el de la vista, parecen engañarnos?

Es que el espíritu interpreta falsamente sus datos, pero esos datos eran exactos.

La idea de Lucrecio es justa. El espíritu trabaja siempre sobre la materia que los sentidos le proporcionan.

Cuando, en ese trabajo, se deja deslizar hacia el hábito, la rutina, etc., juzga mal, y decimos entonces, erróneamente, que nuestros sentidos nos engañan.

Como siempre, Lucrecio acumula, a propósito de las ilusiones de la vista, pintorescos ejemplos.

IV.—EXPLICACION, POR ESTA TEORIA, DE LAS SENSACIONES DE SONIDO Y OLOR.

(Versos 520 a 685.)

V.—LOS "SIMULACROS" SON LA CAUSA DE LAS ILUSIONES DEL SUEÑO.

Las percepciones del sueño son debidas a las mismas causas que las de la vigilia. Imágenes, más finas y ligeras que

las otras, vienen a herir nuestro espíritu cuando dormimos. Las que mejor se adaptan a nuestras preocupaciones habituales son también aquellas que la imaginación adopta con preferencia, para interpretarlas y completarlas a su antojo.

VI.—LAS ILUSIONES DEL AMOR Y SUS LAMENTABLES EFECTOS.

Las ilusiones del sueño conducen naturalmente a Lucrecio a tratar las ilusiones del amor. Los versos 1152 a 1161, son célebres por haber sido traducidos por Molière en "El Misántropo"; pero bien merece señalarse, en los versos que preceden (1129, 1132), un esbozo verdadero del retrato de Celimena: "*Quod in ambiguo verbum jaculata reliquit; ... in voltuque videt vestigia risus.*"

He ahí precisamente lo que constituye la desdicha de Alceste.

Versos 1152-1161 de Lucrecio:

"Y, entretanto, aún mismo caído y aprisionado en el cepo, podría uno escapar al enemigo, si no se levantara obstáculos a sí mismo, cerrando los ojos a las taras morales o físicas de aquella mujer a quien se desea y quiere. Es el defecto más frecuente de todos los enceguecidos por la pasión, quienes atribuyen a la que aman méritos que jamás tiene. También vemos mujeres feas y repulsivas en extremo, ser adoradas y tratadas con los honores más altos. Y entretanto los enamorados se rien unos de los otros y se aconsejan mutuamente de apaciguar a Venus, para que la diosa extinga el vergonzoso amor de que están poseídos; sin tener ojos, los desdichados, para sus mayores miserias. Una piel oscura tiene el color de la miel, una mujer poco limpia y repelente es una belleza descuidada, si tiene los ojos verdes se la compara a Pallas; está hecha de cuerdas y maderas... y es una gacela; si es una enana, una especie de pigmeo, será vista como una de las Gracias, un purísimo grano de sal; una gigantea colosal será una maravilla, llena de majestad."

Ver, en Molière: ACTO II, ESCENA V: "*Le Misanthrope*":

L'amour, pour l'ordinaire, est peu fait à ces lois.

Et l'on voit des amants vanter toujours leur choix.

Etc., etc.

(Nota del Traductor.)

LIBRO V

SUMARIO

Apoteosis de Epicuro. — Lucrecio va a describir en este libro los orígenes del Universo y de la Humanidad. — El Universo, en efecto, ha tenido un principio, como tendrá un fin; no es la obra de los dioses, no está hecho para nosotros; se ha formado de sí mismo por el encuentro fortuito de los átomos, los cuales, después de haber ensayado todas las otras combinaciones posibles, debían fatalmente, tarde o temprano, pasar por la combinación actual. — Explicación del movimiento de los astros. — La Tierra, el Sol, la Luna y las estrellas. — Cómo nacieron los seres organizados, las plantas, los animales, el género humano. — El poeta trata de reconstruir el cuadro de la Humanidad en los primeros tiempos; asciende a los orígenes de la vida social, del lenguaje, de los cultos, en fin, de las artes. — Aquí, como en todas partes, halla las trazas de una extensa y natural evolución.

I.—APOTEOSIS DE EPICURO.

Sobre los seis libros del "Poema de la Naturaleza", hay cuatro que empiezan con un elogio de Epicuro. No obstante, Lucrecio no se repite. Al principio del primer libro, el poeta alaba el *escepticismo religioso* de su maestro; al principio del tercero, alaba su *ciencia*. Al fin, ha reservado para el principio de los libros V y VI el elogio de la *moral* de Epicuro. El filósofo que nos ha dado las reglas de dirección para nuestra conducta en la vida, ¿no es, acaso, igual a los grandes inventores, a los héroes que se colocan en el número de los dioses?

En este libro, Lucrecio va a hacer la historia del mundo en que vivimos y de los hombres que lo habitan; pero tiene buen cuidado de decirnos cuál será su preocupación constante. Enseñará que la intervención de los dioses es inútil, y explicará cómo han podido introducirse en el espíritu de los hombres las supersticiones absurdas.

II.—LOS DIOSES NO SE PREOCUPAN DEL MUNDO; ESTE PERECERA EN UN MOMENTO DADO.

Lucrecio vuelve aquí sobre lo que ha dicho en el segundo libro; pero lo profundizará por más tiempo. Sacará sus argumentos de la historia misma del Universo y del género humano.

En el Libro II teníamos un cuadro de lo que el Universo es ahora, y de los síntomas de debilitamiento que presenta. En este momento vamos a seguirlo a través de su evolución; la historia nos mostrará que no tiene nada de lo que caracteriza a las cosas eternas.

III.—LUCRECIO ENUMERA LAS IMPERFECCIONES DEL UNIVERSO; NO PUEDE SER OBRA DE DIOSES. (Versos 195 a 210.)

“Y aun mismo cuando yo ignorase todavía lo que son los principios de las cosas, yo me atrevería, no obstante, y basado en el simple estudio de los fenómenos celestes, y sobre otros hechos más, a sostener y demostrar que la Naturaleza no ha sido naturalmente creada para nosotros por una voluntad divina; de tal manera ella se presenta manchada de “defectos”! Por lo pronto, en esta tierra que cubre el inmenso impulso del cielo, las montañas y las selvas llenas de fieras han conquistado una porción avasalladora; otra parte hállase ocupada por rocas y pantanos desiertos; otra, en fin, por el mar, cuyos largos dominios separan las orillas de los continentes. Además, cerca de los dos tercios del suelo están arrebatados a los mortales por un tórrido calor o por la caída incesante de la nieve. En lo que resta de tierra cultivable, si la dejamos a sí misma, la Naturaleza lo haría desaparecer bajo sus malezas, si el esfuerzo del hombre no se lo disputase, si la necesidad de vivir no lo hubiese habituado a gemir bajo el pesado azadón, a romper la tierra apoyándose sobre el arado”, etc., etc.

IV.—RESULTADO DE ESAS IMPERFECCIONES; CADA UNA DE LAS PARTES DEL UNIVERSO ESTA DESTINADA A PERECER.

Lucrecio, llevando el análisis más lejos, considera aisladamente las principales partes del Universo; cada una

de ellas crece y disminuye; no es, pues, inalterable. Ha empezado, luego terminará. Las otras partes le hacen la guerra; sucumbirá probablemente. El Universo, en el que todos los elementos son perecederos, perecerá a su vez.

Se podría reprochar al poeta el no estar de acuerdo siempre consigo mismo. Ha demostrado, en el primer libro, que nada perece; y aquí mismo, los ejemplos que va a citar probarán que el Universo está destinado a transformarse, pero no a perecer. Pero es que la muerte, para Lucrecio, consiste precisamente en una transformación; y el Universo habrá verdaderamente perecido el día en que las combinaciones de átomos se hayan transformado del todo, mientras que los elementos subsistirían.

V.—EL MUNDO HA TENIDO UN COMIENZO. — ¿COMO SE HA FORMADO? — EXPLICACION DE ALGUNOS FENOMENOS CELESTES.

Lucrecio razona a menudo por analogía. Si se puede probar que el mundo ha tenido un principio, como los seres vivos, perecerá naturalmente como ellos. Por lo demás, no solamente resulta de lo dicho que cada elemento se ha formado en una época determinada; todavía se puede explicar *cómo* se ha formado, y la prueba es completa. Es indudable que la explicación de Lucrecio es de pura fantasía. La escuela epicúrea partía del principio de que una explicación física es verosímilmente una explicación verdadera.

VI.—COMO SE HAN PRODUCIDO LOS SERES VIVOS.

Este es un problema misterioso, ante el cual la ciencia natural y la filosofía se hallan aún hoy impotentes para hallarle solución, y que escapa, puede ser, a la competencia de una y otra. No obstante, es necesario saber agradecer a Lucrecio por haberlo abordado; y no se sabría admirar lo bastante el gran esfuerzo intelectual por medio del que ha

venido a *presentir* una de las hipótesis más originales de la ciencia de nuestro tiempo.

Desde el primer instante Lucrecio ha visto bien que el problema daba lugar a dos cuestiones distintas: 1.º), ¿de dónde han salido los primeros seres vivos?; 2.º), ¿cómo se explica su conformación particular y la maravillosa adaptación de sus órganos a sus necesidades?

Lucrecio ha visto, con la misma perspicacia, que la primera pregunta no era susceptible de recibir una solución científica.

Darwin, el más atrevido de los naturalistas de nuestro tiempo, renuncia a explicar la aparición de los primeros seres organizados.

Lucrecio saca provecho de un mito. De acuerdo con los poetas, hace salir los seres vivos de la tierra, madre de todas las cosas.

Sobre la segunda pregunta, la respuesta de Lucrecio tiene su analogía con la de Darwin. Una multitud de seres organizados se han producido al azar; de esos, únicamente han sobrevivido los que eran capaces de satisfacer sus necesidades y resistir al ambiente. Es, desde ya, la teoría de la *selección natural*.

La imaginación de Lucrecio se entrega libremente a esta bella descripción. La literatura latina no ha producido nada que pueda ser colocado por encima de la segunda parte del Libro V.

VII.—DE LA VIDA DE LOS PRIMEROS HOMBRES.

Si el nacimiento de los seres vivos en general, si el nacimiento de los hombres en particular, es debido al simple azar, es natural que los principios de la humanidad hayan sido difíciles. Los poetas han colocado la edad de oro en los orígenes del género humano. Es que creían en los dioses protectores de la humanidad. Abandonado a sus únicos recursos, el hombre debió luchar para vivir. Simple animal desde el primer instante, más débil que los otros animales, el hombre creció poco a poco, penosamente, por un

largo esfuerzo de inteligencia y de voluntad, hasta la vida social, hasta la civilización.

El poeta va a trazar un cuadro impresionante de la vida salvaje de los primeros hombres. Cualquiera que sea la belleza de esta descripción, no se le puede perdonar a Lucrecio el haber desconocido nuestra superioridad moral. Cuanto más humilde haya sido nuestro origen, más mérito tendremos en haber llegado a lo que somos.

Y el animal que ha tenido la suficiente energía y talento para llegar a ser un hombre, era ya un hombre desde el principio.

VIII.—ORIGENES DE LA VIDA SOCIAL; NACIMIENTO DEL LENGUAJE; DESCUBRIMIENTO DEL FUEGO.

Lucrecio, después de haber explicado el origen del hombre, del individuo, va a mostrar cómo los individuos se han reunido para formar las familias, y las familias para constituir un Estado. El Estado habría surgido de una especie de contrato, según el cual los primeros hombres se recomendaron mutuamente los débiles, las mujeres y los niños. Esta asociación encontró un vínculo sólido en el lenguaje. ¿Cómo tomó nacimiento?

Lucrecio refuta la teoría expuesta por Platón en el "Cra-tylo", según la cual un hombre había enseñado a los otros la manera de hablar. ¿Cómo este hombre habría tenido el privilegio de la palabra? ¿Cómo habría adivinado su utilidad, antes de toda aplicación? ¿Cómo habría llevado a los otros a servirse del lenguaje? Supone el poeta que los hombres, en su origen, han aplicado naturalmente a los objetos los sonidos que les convenían; ¿los animales, no hallan en diversas oportunidades sonidos inarticulados igualmente diversos y perfectamente determinados?

Se podría aproximar a esta hipótesis de Lucrecio una teoría casi idéntica sostenida por el filólogo contemporáneo Max Müller, en sus "Lecciones sobre la ciencia del lenguaje". La cuestión del origen del lenguaje, divide todavía la opinión de los sabios y filósofos: muchos la declaran insoluble.

No se comprende muy bien por qué la historia del descubrimiento del fuego fué colocada aquí mejor que en otra parte. Los editores están de acuerdo en que hay ahí una adición hecha fuera de tiempo, y que el poeta ha descuidado su refundición con el resto de su obra.

IX.—ORIGEN DE LAS SOCIEDADES POLITICAS.

¿Cuál fué la forma de esta sociedad primitiva, y cuál debió ser el primero de los regímenes políticos? Según Lucrecio, las ciudades fueron primero edificadas por los reyes, para servir de sitios de refugio. Entonces era el mérito físico, la fuerza o la belleza lo que decidía el rango de cada uno en el Estado. Más tarde, la fuerza física fué suplantada por la riqueza, y del deseo de la opulencia y los honores nacieron las luchas y las competencias de tan variada suerte, en medio de las cuales sucumbieron los reyes. El poder estaba en manos de la multitud: cada uno aspiraba a la soberanía; todo no era más que perturbación y confusión. Para restablecer el orden, los hombres se dieron a sí mismos magistrados y leyes: de ahí los principales sentimientos de la vida social, el temor del castigo, y el remordimiento del crimen.

Aquí, como en otra parte, Lucrecio desarrolla con la mayor intensidad una hipótesis que ha salido terminada completamente de su imaginación. Por mucho tiempo se discutirá sobre los orígenes de la sociedad política.

X.—ORIGENES DE LA CREENCIA EN LOS DIOS.

Se recordará que los dioses, según Lucrecio, no intervinen de ninguna forma en el mundo. ¿Cuál es el origen de la creencia en los humanos? Es su imaginación, sobreexcitada durante el sueño y la vigilia, la que ha concebido seres dotados de una extraordinaria potencia, los dioses. Es el espectáculo de las grandes catástrofes, el relámpago, la tempestad, los que han colmado su alma de un terror

religioso. De ahí las prácticas de la superstición y la falsa piedad.

XI.—INVENCION DE LAS ARTES.

(Versos 1239-1455)

LIBRO VI

SUMARIO

Glorificación de Epicuro. — Nos ha enseñado a vivir dichosos; ha disipado las tinieblas de la ignorancia. — El poeta, para ser digno del maestro, va a explicar por medio de causas físicas los fenómenos que provocan el terror o la sorpresa entre los hombres, como ser: el trueno, el relámpago, el rayo, con los que se relacionan supersticiones pueriles; las trombas y los torbellinos, las nubes, la lluvia, el arco iris, los temblores de tierra, los volcanes, las inundaciones del Nilo, la atracción del imán, etc. — Termina por una explicación, por un cuadro espantoso, de las epidemias, y en particular la peste de Atenas, la más desastrosa de todas.

1.—GLORIFICACION DE EPICURO.

Atenas inventó la agricultura y la legislación, pero sobre todo ha proporcionado un servicio igualmente considerable al espíritu humano el día en que dió al mundo a Epicuro. Este filósofo ha sabido penetrar en la misma fuente de todas nuestras miserias. Ha comprendido que el hombre tenía, materialmente, todo lo que necesita para vivir, y aún mismo lo superfluo; que si no obstante sufre, es porque él mismo se proporciona el sufrimiento, esclavo del deseo y de la pasión, de la superstición y del temor; que nuestra felicidad depende, por lo tanto, no de las cosas exteriores, sino de las disposiciones de nuestra alma; en fin, de nosotros mismos.

Aquí, como en otra parte, Lucrecio exagera singularmente el mérito de su maestro. La idea de que nuestra felicidad depende de nosotros, y que nosotros podemos ha-

cer aprendizaje de felicidad, viene de Sócrates y tal vez de los sofistas; ha sido, pues, desarrollada cerca de un siglo y medio antes de Epicuro.

II.—EL TRUENO Y LA TEMPESTAD TIENEN CAUSAS NATURALES.

Lucrecio indica, en versos que no citamos aquí, el objeto de este último libro. Va a probarnos que ciertos fenómenos extraordinarios en apariencia, como el rayo, la tempestad, los terremotos, que hieren la imaginación de los hombres, y que son atribuidos a la cólera de los dioses, son debidos en realidad a causas naturales. El objeto del poeta, como se ve, es siempre el mismo, y si describe la tempestad, no lo hace por simple deleite de describir. De más está decir que la explicación de Lucrecio carece de valor científico. Una teoría satisfactoria de la tempestad y del rayo no era posible antes del descubrimiento de la electricidad.

III.—LOS GOLPES DEL RAYO Y LA SUPERSTICION.

Si el rayo se explica por causas naturales, no puede tener el carácter de una advertencia divina. Los etruscos habían introducido en Roma, sobre este tema, ridículas supersticiones. Distinguían tres especies de rayos: los de consejo, los de autoridad y los de estado. Los primeros venían antes del suceso, para hacer desistir de una resolución tomada; los segundos, que se producían después del suceso, indicaban si era o no propicio; los últimos se mostraban al pobre mortal confiado, que no piensa en nada, para amenazar o prometer.

Cuando Júpiter disponía sobre el dirigirle el rayo, no podía ser sino un signo de paz y de advertencia. Podría serle funesto, en cambio, cuando Júpiter había consultado previamente a los otros dioses. En fin, cuando los últimos aceptaban la responsabilidad, el rayo era implacable, destruyéndolo todo.

De ese modo se había desarrollado en Roma una ciencia absurda, de la cual Cœcina, un contemporáneo de Lucrecio, había expuesto los principios. Lucrecio se levanta violentamente contra tal superstición, y es sobre todo para combatirla que trata de explicar largamente el origen de la tempestad y el rayo.

IV.—LA PESTE.

Sábase que las enfermedades epidémicas tenían por causa, según los antiguos, la cólera de los dioses. Lucrecio, después de haber vinculado a causas naturales todo lo que hiere la imaginación de los hombres, termina su poema con una explicación física de la peste, agregándole una descripción impresionante. De esa suerte es llevado a hablarnos de la peste de Atenas, de la cual Tucídides había dejado tan espantable cuadro; demostraremos nosotros que constantemente tomó a Tucídides por modelo. Parece, por otra parte, resultar de las descripciones de Tucídides y Lucrecio, que el azote que devastó a Atenas durante la guerra del Peloponeso no era la peste, sino una enfermedad eruptiva, cuya especie no es determinable aún. Se notará la explicación propuesta por Lucrecio; según ella, los gérmenes se expanden en la atmósfera y se desarrollan en el cuerpo humano. Recientes observaciones han venido a confirmar esta hipótesis del poeta.

F I N

F E D E R R A T A S

Página 36, línea 19:

Suprímase del texto.

Este libro se acabó de imprimir por la
EDITORIAL HIPERION en los
Talleres Gráficos **Gaceta Comer-**
cial, Plaza Independencia 717,
Montevideo, el día 26 de
Julio de 1937.